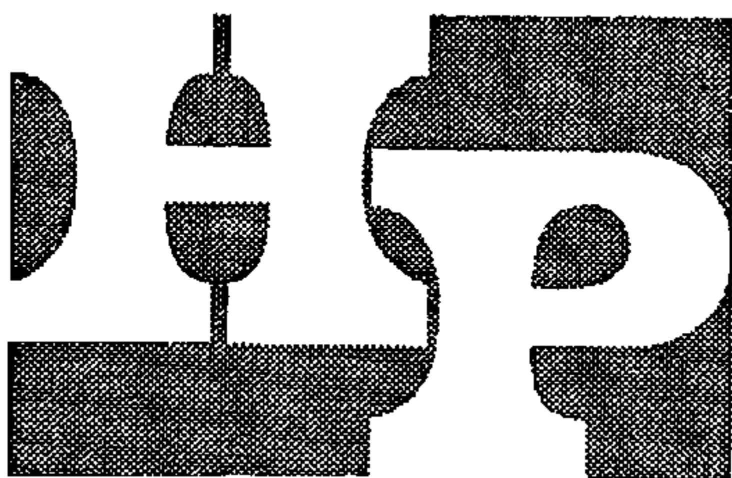


Keith Luger

El oeste en llamas





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL OESTE EN LLAMAS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 448
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 13.938 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: julio, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

PRÓLOGO

Dedicamos esta novela a la memoria del teniente Walter Niven, soldados Jay Burke y Frank Adams del 11.º Regimiento, 6.ª Compañía de Voluntarios con Cuartel General en Topeka y a sus compañeros que llevaron a cabo una de las más peligrosas misiones confiadas por el Alto Mando Nordista en la Guerra de Secesión.

Con palabras del teniente coronel Lames Taylor, del Servicio de Investigación del Ejército, en el artículo publicado en Barras y Estrellas, que ha inspirado esta novela, Estados unidos de América deben gratitud imperecedera a estos hombres, sin cuya heroicidad, su historia habría sido otra.

Keith Luger

CAPÍTULO PRIMERO

Jay Burke dejó de cepillar al caballo. Se limpió el sudor de la frente con el antebrazo mientras se dirigía al hombre que estaba junto al otro flanco del animal.

—¿Sabes lo que te digo, Frank? Esto en vez de llamarse fuerte Prescott debería llamarse fuerte Ratonera.

Frank interrumpió la tarea y dedicó una mirada a su compañero.

—No te quejes, Jay —gruñó—. Al menos la comida es buena. Judías, huevos revueltos con jamón y leche fresca. Nadie diría que estamos en guerra.

—Pero trabajamos como negros.

—Hay sitios en que se brega más. Consuélate con eso.

—El diablo se te lleve, Frank. Estamos encerrados aquí desde hace dos meses. En todo ese tiempo no hemos entrado en acción… ni hemos visto a una mujer.

Frank asintió y acarició pensativamente la cola del caballo.

—En eso tienes razón, Jay. Hace tiempo que no veo una larga cabellera.

—Y para colmo —continuó Burke—. Tengo tan agrietado el gaznate que el día que beba un trago de *whisky* voy a toser como una damisela.

—No conozco casi el gusto que tiene. Si quieres que te diga la verdad, ya no lo echo de menos. Me olvidé de él.

Jay entornó los párpados sin dejar de contemplar a su amigo.

—Y quieres que me consuele, ¿eh? —dijo—. Cuando ingresé en la Sexta de Voluntarios creí que las cosas se presentarían mejor. A mí me gusta la acción. Y a ti también, ¿no es así? ¿Y qué hemos hecho hasta ahora? Trabajar, Frank. Trabajar como labriegos. Eso es lo que hemos hecho.

Ambos hombres guardaron silencio y volvieron a manejar los cepillos con aire melancólico. Los dos tenían alrededor de treinta y cinco años. Jay Burke era largo como el mango de una escoba y en su rostro tostado relucían dos pupilas sagaces. Frank era más bajo. Tenía una boca en la que cabía perfectamente un puño. Sus ojos eran pequeños y se movían fatigados bajo las espesas cejas. Cualquier gesto del rostro delataba simpatía.

Los dos estaban desnudos de cintura para arriba. Jay presentaba un poderoso juego de músculos que se movían al compás del trabajo. Frank estaba más relleno y el tórax se le ocultaba bajo una capa de vello negro. Levantó la cabeza y mostró un aire de preocupación.

—Cuando hablas así me das miedo, Jay.

El alto frunció el ceño y detuvo el brazo.

—Claréate —dijo—. No te entiendo.

—Demasiado sabes a lo que me refiero. Estás aburrido. Cuando te pasa eso, armas alguna gorda a los pocos días.

—Tú también te ríes cuando hay jaleo.

—Sí, Jay, pero luego sudo plomo. Ya sabes que el sargento Cárter nos tiene ganas.

Las pupilas de Burke chispearon con rabia.

—Ese cerdo… —murmuró—. Algún día le haré besar mis botas.

—Casi se las comió aquella vez, ¿no te acuerdas? —sonrió Frank.

—Ya lo creo. Aún me duele el flanco de la risa que tuve que aguantarme. No olvidaré la escena. Cárter en la mesa de los oficiales diciéndole al capitán: «¿Verdad que hoy el sargento de cocina ha puesto toda su maña en el guiso de este estofado? Está de miedo». Y apenas probaron la segunda cucharada, el cabo de reparto sacó ante los ojos de todos el par de botas de la olla.

—Estaban tan cocidas que parecían cuartos de carnero —empezó a reír Frank—. El cabo no pudo esconderlas antes de que se dieran cuenta —de pronto se quedó serio—. ¿De veras no las echaste tú?

—¡Ya te he dicho cien veces que me las robaron! —protestó Jay—. ¿Por qué no me has de creer?

Frank movió la cabeza con lentitud.

—Está bien, Jay. Pero hemos de andarnos con cuidado. Un día

tendremos un disgusto.

—Desecha tus temores. No estoy de humor para barrabasadas. Además, el sargento Cárter nos aprieta bien los tornillos. Lo que te digo, Frank. Es un bastardo.

—Chsst… Baja la voz. Allí está Bingo Chay, su soplaorejas. Nos puede oír.

—A ése cualquier día le dejo tan chata la cara como la palma de la mano.

Burke volvió la cabeza. Las cuadras estaban atestadas de hombres que se dedicaban activamente a la limpieza de las caballerías. Descubrió a Bingo Chay que sacaba brillo al lomo de un alazán. Estaba subido sobre un taburete de tres patas. A sus espaldas había un cubo de agua. Burke examinó la posición de los objetos e hizo cálculos. Luego, asintió con un guiño y se volvió hacia su compañero que trabajaba de nuevo.

—¿Recuerdas el grito comanche, Frank?

—¿Cómo? —dijo el aludido manejando la rascadera.

—Me refiero al grito que excitaba a los caballos. El que los pone de pie como si fueran a bailar.

—Ah, ya —la bocaza de Frank se entreabrió en una sonrisa—. No sé, hace mucho tiempo que no lo lanzo. Estoy seguro de que sólo saldría un gallo.

—Inténtalo, Frank.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Estamos en la cuadra.

—Pero los animales patearán.

—Sólo el de Bingo Chay. Es el más cercano. A éste le taparé las orejas.

Frank dirigió la mirada a Bingo y luego la fijó en el rostro de Burke.

—¿Qué te propones?

—Se trata de un experimento. Vamos, suéltalo.

Burke se arrimó a la cabeza del animal y le apretó con las palmas de las manos las dos orejas.

Frank carraspeó tratando de aclarar las cuerdas vocales. Entre sus cejas se habían formado unos pliegues que indicaban que estaba intrigado.

Lanzó un alarido.

Entonces ocurrió algo curioso. Los caballos más próximos fueron conmovidos por una sacudida y dieron saltos. El de Bingo Chay se irguió y agitó en el aire los cascos delanteros. Bingo se vio lanzado de espaldas y emitió un rugido al perder el equilibrio.

Cayó sentado en el pozal que había tras él, quedando atascado.

Esto llamó la atención de los demás soldados quienes corearon con carcajadas el baño de asiento.

Bingo tardó bastante en poder desprenderse del cubo.

Cuando lo consiguió desparramó una mirada cargada de odio a su alrededor.

—El que haya hecho esto lo va a sentir de veras —su voz sonó ronca.

Detuvo la mirada en Jay y Frank quienes sonreían beatíficamente.

De pronto un hombrecillo con cara de ratón apuntó a los dos compadres con un dedo.

—Ésos han sido, Bingo.

—Conque sí, ¿eh? —sonrió con dientes deteriorados el aludido —. Ya me lo figuraba.

—He visto al bocazas cuando lo hacía —acabó el de aspecto de roedor.

Bingo dio dos cabezadas, una a derecha u otra a izquierda.

Dos soldados fornidos, piernas y brazos arqueados, se pusieron a ambos lados de Bingo Chay quien dijo:

—Hace tiempo que tengo ganas de arreglarles la cara a esos dos payasos.

—Estamos encantados de echarte una mano —manifestó el de la derecha.

Jay y Frank estaban aún risueños. El primero tabaleó los dedos sobre la grupa del animal.

—Creo que vamos a hacer ejercicio —dijo—. La fiesta va a empezar.

Frank se acarició los puños.

—Hace días que me está molestando el reuma en los nudillos. No estará mal un poco de masaje.

—Yo te lo daré, marsopa —Bingo se puso en movimiento—. Y en todo el cuerpo.

Su escolta avanzó con él.

Jay y Frank se reunieron y, codo con codo, adelantaron unos pasos.

—Nunca me han llamado marsopa —repuso Jay—. Eso te costará un par de dientes.

Los dos grupos entraron en contacto en medio de un claro del local.

Bingo alargó la izquierda para tantear a Frank y luego le disparó el puño derecho hacia el bajo vientre, pero antes de conseguir su propósito algo parecido a una estaca le percutió en la cabeza.

Entretanto, la derecha de Jay hacía retroceder como un cangrejo a uno de los acompañantes de Bingo. El otro aprovechó el momento de confusión y repartió una serie de puñetazos entre Frank y Jay. Éstos recularon durante unos breves segundos, lo que dio ocasión a Bingo y a su ayudante caído para recuperarse.

Bingo y los suyos cayeron sobre los dos inseparables, aullando como fieras y sin dejar de martillear con los nudillos.

De pronto del aglomerado de cuerpos partió un restallido y Bingo surcó el aire sin tocar el suelo. En el retroceso atropelló una desvencijada mesa que se hizo añicos y luego, fue a sepultarse en un montón de heno de donde no salió.

Un zurdazo de Frank imprimió a otro de los hombres la velocidad de un obús hasta que fue detenido semiinconsciente por la barrera de soldados que presenciaban ávidamente la lucha.

Jay iba a acabar con el tercero de los atacantes cuando una voz imperiosa ordenó estentóreamente:

—¡Atención…!

La Cuarta Compañía de fuerte Prescott se cuadró rígidamente en dirección al punto que había partido la voz.

Un hombre de unos cuarenta años, pecho combado y mentón prominente, ocupaba el centro de la puerta. Sus ojos de chacal recorrieron rápidamente los cuatro puntos cardinales de las cuadras, haciéndose cargo del menor detalle.

Contempló a los caídos. Luego continuó indagando con las pupilas hasta detenerlas en Frank.

—¡Soldado Adams! —Casi ladró.

Frank irguió más el tórax.

—A la orden, sargento Cárter.

—¿Quién ha tumbado a estos hombres?

—Fueron coceados por un caballo, señor.

Cárter apretó los dientes.

—¡Cómo!… He visto que usted les pegaba. ¿Aún tiene la desvergüenza de negarlo? Llegué a tiempo de ver a Festy salir despedido desde el lugar que usted ocupa.

Jay Burke carraspeó interviniendo:

—Es que en ese momento rebotaba contra Frank. Eso fue.

—¿Quién le ha pedido consejo? —rugió Cárter. Luego varió de tono mientras se encaraba con Burke—. Un momento. A usted sí que pude pillarle con el puño levantado. ¡Venga, invente otra excusa!

—Eso fue distinto, mi sargento —dijo Burke bajando los párpados dignamente—. Fui atacado brutalmente y hube de parar los golpes.

—¡Búfalos sagrados! —tronó Cárter con el semblante enrojecido—. ¡Yo le atacaré brutalmente! ¡Cuando empiece con ustedes no pararé hasta dejarlos rectos como el caño de un rifle! Estoy tan harto de los dos que cuando los huelo tengo que taparme las narices para no dar arcadas. ¡Pero les aseguro que van a quedar más suaves que dos barriles de ungüento! Hay varios elementos en esta compañía que he de trabajar tanto que van a salirme callos en todo el cuerpo.

Jay estornudó ruidosamente.

El sargento Cárter tragó aire y su rostro varió de colorido.

—En cuanto a ustedes dos ya hablaremos de esto más despacio —dijo con timbre de voz cargado de amenaza. Luego se dirigió a todos—: ¡Orden general! Inmediatamente después de la puesta de sol, todo el mundo acudirá al dormitorio. Entretanto… ¡Muévanse! Todo el trabajo está por hacer… quiero ver que se menean… que sudan… ¿O es que creen que han venido a fuerte Prescott a bordarse el ajuar? ¡Vamos! ¡Todos cepillo en mano!

Desapareció dejando a los componentes de la compañía en plena actividad.

Jay se rascó la cabeza con el cepillo.

—Me parece que vamos a tener un lío gordo —dijo acercándose a Frank—. Está que dobla clavos con los dientes.

—¿Qué pasará, Jay? —dijo Frank Adams—. La orden del dormitorio no me gusta nada. Ya sabes, aquello es la cámara de

tortura cuando nos reúne Cárter. Allí vomita las peores órdenes.

—¡Maldito sea! Me tengo que hacer una cazadora con su piel.

—Tal vez nos prepara para mañana una marcha de veinte millas. ¡El muy cerdo! Desde que lo nombraron jefe de ejercicios tengo los pies convertidos en dos callosas pezuñas. ¿Te has dado cuenta, Jay? Tiene ganas de hincarnos los colmillos.

—Puede que antes se los rompa yo —murmuró Burke.

—No te comprometas. Al fin y al cabo, todos lo soportamos. —De pronto los ojos de Frank se abrieron como platos y exclamó—: ¡Jay! No habrás hecho alguna, ¿eh?

Burke enseñó los dientes con desgana.

—Te repito que no estoy de humor —gruñó—. Esta vez te juro que soy inocente.

Adams quedó silencioso y continuó la limpieza del caballo. Poco después su compañero lo imitó.

Dos horas después llegó la puesta de sol y la compañía entró en el dormitorio del fuerte Prescott.

—¡Atención!

Todos los soldados quedaron fijos en los lugares que ocupaban. El grito de orden del sargento Cárter había sonado como él graznido de un ave de mal agüero. Los hombres dejaban traslucir a través de su marcial actitud el malestar que les producía la reunión.

Cárter siguió dando voces de mando y movió a la compañía hasta que sus componentes quedaron formando un gran óvalo en medio del cual paseaba el sargento.

—Así resultará más íntimo —dijo con cierta ironía, que le sentaba pésimamente. Luego prosiguió en tono agrio—: Pronto van a saber para qué les he citado aquí. No les he reunido para arrullarlos con una canción de cuna mientras se duermen. Ni para contarles cuentos de hadas. Prefiero que ustedes sean los que me cuenten algo que creo han olvidado —hizo una pausa de efecto y continuó—: Sí. No estará de más que refresquen las calabazas haciendo memoria de algunas aventuras. ¡Cabo Willcoy!

—A la orden, sargento.

—Empiece dándonos el lema de la compañía en función de ejército.

—«Dureza, agilidad y disciplina» —cacareó Willcoy.

El sargento Cárter dejó pasar unos segundos mientras sus botas

chirriaban siniestramente.

—¡Soldado Benson! —llamó.

Un pelirrojo se destacó del corro, cuadrándose.

—¡A la orden, mi sargento!

Cárter detuvo su paseo frente al soldado.

—Dé un informe breve del ejercicio realizado el trece de julio.

Benson se humedeció los labios.

—No recuerdo bien, mi sargento.

Cárter entrecerró los párpados.

—No, ¿eh? —rezongó—. Fue al día siguiente de pintarrajear con colores a los caballos al estilo indio. No se sabe quién fue.

El pelirrojo carraspeó y recitó sin interrupción:

—Salimos del fuerte a la hora de mediodía. Hacia las rocas. Estuvimos acarreando piedra por espacio de seis horas. Hicimos la prueba de resistencia a la sed, combinada con la de velocidad.

—¿Recuerda la temperatura registrada en el informe?

—Cuarenta grados.

—Siga.

Benson parecía fatigado ante el recuerdo.

—Regresamos al fuerte al atardecer y el sargento Cárter ordenó que compensáramos el calor del día con una marcha circular alrededor del fuerte. Duración, dos horas. Viento ligero proveniente del Noroeste que al ir acompañado de espeso polvo sirvió para ejercitarnos en la marcha a rostro cubierto propuesta por el sargento Cárter. El ejercicio fue un éxito.

—¡Ya basta! —dijo Cárter—. Veo que lo recuerda bien… ¡Soldado Adams!

Frank, con el pensamiento, daba todavía vueltas al fuerte.

—¡Adams! —repitió Cárter.

Frank dio un salto después de tropezar con un soldado y se cuadró.

—¡A la orden, mi teniente!

—¿Qué está diciendo? —exclamó Cárter—. ¿Es que no tiene cabeza?

—Sí, sargento.

Cárter tragó una bocanada de aire que estuvo a punto de hacerle estallar los pulmones.

—¡Informe del día siguiente a la conmemoración! —exigió.

—El rancho continuó siendo de primera clase.

Frank se detuvo al ver que un color cárdeno tenía las facciones de Cárter.

—¡Informe de los ejercicios nada más! —aulló el sargento.

Adams estiró el cuello y contó atropelladamente.

—Estuvimos abriendo una trinchera y luego otra y otra. El sol calentaba lo suyo. Nuestras ropas chorreaban de sudor.

—¿Temperatura?

—Infernal, mi sargento.

Se oyeron varias risas ahogadas y Cárter descargó una mirada en Frank que lo hizo estremecerse.

—No haga comentarios —dijo ominosamente—. Aténgase a los hechos.

Adams se aclaró la garganta y continuó:

—A mediodía, el sargento ordenó que parásemos y dijo que nos iríamos al fuerte a descansar si se descubría al que había tirado dos colmenas de abejas en el pabellón de los oficiales. Pero nadie abrió el pico y por la tarde tuvimos que cubrir las zanjas con la tierra que habíamos sacado. Al anochecer regresamos a paso de carrera y con el armamento sobre los hombros.

—Muy bien —aprobó Cárter—. Quince días después desapareció una damajuana de *whisky* del despacho del mayor Walk. Como resultado, hubo una pelea en la que intervino casi toda la compañía —fijó la mirada en medio de la formación y dijo—: ¡Soldado Burke!

Jay se presentó con actitud de desgana.

—A la orden —gruñó.

Cárter lo contempló con la cabeza ladeada en tanto que sus labios se curvaban despectivos.

—¿Qué clase de ejercicio celebramos al día siguiente?

Jay dibujó una sonrisa e informó:

—La compañía se entrenó en la alineación para las paradas militares. Tuvo que hacerlo a ciegas. Cada uno llevaba la cabeza cubierta con un cubo de limpiar, mientras marcaba el ritmo del paso golpeándolo con una piedra. La marcha duró cuatro horas.

Cárter comentó con ironía:

—Supongo que aprendería de una vez a no salirse de la formación.

Burke tosió suavemente.

—Recuerde, mi sargento que aquel día estaba en la enfermería. Me había lastimado un pie poco antes.

El sargento hizo rechinar los dientes.

—Es usted muy hábil, Burke —rezongó—. Otra vez no tendrá tanta suerte.

Hubo un corto silencio interrumpido a intervalos por el rítmico golpear de las botas de Cárter.

De pronto quedó quieto en medio del coro. Recalcó bien las sílabas anunciando:

—Ha desaparecido un reloj de oro.

Dejó que las palabras se grabaran bien en los hombres a sus órdenes. Se escucharon varios respingos, lo que pareció dejar a Cárter satisfecho del efecto.

—El reloj —prosiguió—, ha sido robado al teniente Evans. Le he prometido que será recuperado si está todavía en el fuerte —de pronto cambió de tono—. Ayer estuve cabalgando cerca de la charca que hay junto al bosque de abetos. Oí decir al capitán Young que aquello es un foco de infección y que las miasmas llegan hasta el fuerte con el consiguiente peligro para la salud de todos. Se me ha ocurrido que no estaría mal acabar de una vez con la charca en un ejercicio conjunto. No obstante, eso tiene sus dificultades. No hace mucho cayó un perro del capitán Young y salió con cientos de sanguijuelas que se habían adherido a la piel. Además el fango debe llegar hasta la cintura, lo cual ha de ser bastante molesto para vaciar el agua y todo lo demás. Casi siempre se ven animales muertos flotando.

Alguien lanzó un eructo interrumpiendo a Cárter, quien trató de cazar al culpable sin que pudiera conseguirlo. Esto le hizo perder la paciencia.

—¡Si no aparece el reloj ahora mismo, les juro que vaciarán la charca! —exclamó salvajemente—. Les daré trabajo hasta que pierdan ese aspecto de amas de cría y se conviertan en verdaderos soldados —hizo una pausa y dijo en voz más baja—: El que lo ha hecho tiene la palabra. Voy a darle una oportunidad. Apagaremos las luces y contaré hasta diez. Al encenderse… ¡Quiero ver el reloj aquí en medio!

Se volvió rápidamente y chilló:

—¡Cabo Wencey!… ¡Vaya apagando luces!… Ya lo saben todos.

¡El reloj o la charca!

La luz del pabellón fue aminorándose a medida que eran apagados los quinqués de petróleo.

Cárter vio con satisfacción cómo se perlaban de sudor algunas frentes.

Se hizo un oscuro total y el sargento marcó:

—¡Uno!

No ocurrió nada y la voz cantante se volvió a oír.

—Me había pasado por alto un detalle. Hay verdaderas nubes de mosquitos y otra clase de insectos en el lugar en cuestión. ¡Dos!

El silencio pesó como una losa y Cárter lo interrumpió cantando:

—Tres… Cuatro… Cinco… Seis, siete, ocho, nueve y… ¡diez! ¡Enciendan las luces!

La luz retornó gradualmente y todas las pupilas recorrieron ávidamente el suelo.

En el centro del corro estaba el reloj de oro.

Cárter cogió el reloj y lo sopesó en tanto dirigía una mirada semicircular.

—Ya sabía que entraría en razón —dijo con los párpados entrecerrados. Luego añadió—: ¡Firmes! ¡En marcha! Desvió la mirada un instante y entonces alguien escupió lanzando el salivazo a sus pies.

—¡Alto! —aulló—. ¿Quién ha sido?

Sólo pudo ver una serie de figuras petrificadas en la posición de firmes.

Frank dijo a Jay por la comisura de la boca:

—Deberías haberle dado en la cara.

—Me falló la puntería —gruñó Burke en voz baja.

Cárter gritó fuera de sí:

—¡Maldita sea! ¿Ha sido usted, Burke?

—Desde aquí no puedo alcanzarle, sargento —replicó el aludido sin parpadear.

El sargento fue a saltar hacia él cuando alguien anunció desde la puerta:

—¡Sargento Cárter! ¡Llamada urgente del despacho del comandante!

Cárter desvió la mirada hacia el ordenanza, lanzó otra a sus hombres y salió del recinto maldiciendo por lo bajo.

CAPÍTULO II

Cárter entró en el despacho, tras pedir permiso, y vio al comandante Cooper con el mayor Walk y varios oficiales. Cooper decía:

—En la reunión de ayer les comuniqué que un grupo de cincuenta hombres no identificados había sido observado en marcha hacia el Norte. Las noticias, aunque un tanto vagas, al ser dadas con insistencia desde varios puntos han llegado a interesar al Alto Mando. Siendo el fuerte Prescott la avanzada más próxima al itinerario del grupo que nos ocupa, el Cuartel General en Topeka ha creído conveniente enviar a un oficial del 11.º Regimiento de Caballería para que se ponga al frente de un destacamento cuyo número de hombres elija él. El oficial ha sido destinado para esta misión por estar suficientemente capacitado en esa clase de empresas.

El mayor Walk carraspeó suavemente sugiriendo al comandante:

—Deberíamos hacerle venir para que nos ampliara el contenido del comunicado recibido hoy.

—Sí. Pueden llamarlo —dijo el comandante Cooper atascando la cazoleta de la pipa.

El teniente Evans comunicó los deseos del comandante al ordenanza y unos segundos después la puerta volvió a abrirse entrando un hombre alto. Éste se acercó a la mesa del comandante y dijo saludando militarmente:

—Se presenta el teniente Walter Niven del 11.º Regimiento, de Voluntarios en Topeka. A la orden, comandante.

Cooper observó detenidamente al joven. Frisaba en los treinta años de edad y tenía el rostro tostado. Iba perfectamente rasurado. Los ojos eran inmensamente negros y expresivos. Las facciones

regulares delataban energía e inteligencia. Poseía un cuerpo atlético sobre el que el uniforme se ajustaba impecablemente.

—Infórmenos brevemente acerca de ese grupo —dijo Cooper.

Niven se aproximó a un mapa colgado de la pared y señaló un punto orientado en el Sudoeste.

—Las primeras noticias llegaron desde este sector. Se sospechó en principio que se trataba de una infiltración de los confederados. Los hombres iban sin uniforme e hicieron un alto más al norte. Un hombre y una mujer que viven en aquella región lo comunicaron a una sección de exploradores, y éstos lo transmitieron por medio del heliógrafo al puesto de Dacon.

El comandante Cooper rascó una cerilla y la aplicó a la pipa.

—Ya sabemos algo de eso —dijo—. ¿Qué hay de las tribus indias replegadas hacia el Oeste?

Niven dejó que Cooper expeliese la bocanada de humo y contestó:

—En Topeka se creyó que era una maniobra desesperada de los sudistas para allegarse la ayuda de los comanches, pero la caravana rozó el territorio indio sin variar la ruta.

El mayor Walk intervino:

—¿Qué zona debe estar cruzando ahora?

—Se hallarán probablemente entre la Meseta Negra y Back Pring. Avanzan bordeando las Rocosas.

—¿Ha calculado el tiempo que tardará en entrar en contacto con ellos?

Niven inspeccionó el mapa y trazó con el dedo unas líneas imaginarias.

—Salvaremos la ventaja que nos llevan atravesando la llanura de Colorado, pero es necesario que antes nos informemos sobre su marcha.

El comandante tuvo un acceso de tos y una vez pasado quiso saber:

—¿Cuántos hombres necesitará para la misión?

—Bastará con diez.

Cooper levantó las cejas.

—Creí que el destacamento sería más numeroso.

Niven se puso de espaldas al mapa y explicó:

—No conviene que sean más. Puede haber algún observador del

enemigo por las montañas y ponerles sobre aviso. Si además seguimos la táctica de ir sin uniforme, pasaremos desapercibidos.

—No está mal la idea —comentó el mayor Walk—. Pero no podrán hacer frente a una columna confederada si son descubiertos.

—Tengo órdenes concretas acerca de cómo tratarlos —repuso Niven—. La misión principal es saber qué se proponen y cuál es su objetivo.

—Será difícil que podamos mandarle refuerzos en el caso de que esa columna los ataque. Aquellas zonas están demasiado alejadas de nosotros.

Cooper volvió a preguntar:

—¿Cuándo piensa ponerse en marcha, teniente Niven?

El oficial consultó el mapa y expuso:

—Quiero empezar haciendo una visita a esa pareja que tuvo contacto con la partida.

—En ese caso le aconsejo que salga al amanecer. Daré las órdenes oportunas para que tenga preparados a los hombres que han de acompañarle a esa hora.

—Prefiero hacer esa gestión yo solo. Luego me reuniré con el destacamento en el Valle Caliente. De ese modo pueden ir adelantando camino.

—Una excelente idea —comentó Cooper. Volvió la cabeza hacia Cárter—. Sargento, usted conoce a fondo la compañía. Elija los mejores hombres, confío en usted. Cárter se esponjó de orgullo ante la muestra de confianza.

—Así lo haré, señor. Estarán dispuestos.

Walter Niven intervino:

—Preferiría que los soldados fueran voluntarios —miró a Cárter —. Adviértales solamente que es una misión peligrosa. No entre en más detalles.

Por el pensamiento de Cárter pasaron las desastradas figuras de Jay Burke y Frank Adams.

—Tengo un par de individuos de los que quisiera desprenderme, porque son valientes y con inteligencia. —Cárter disimuló una sonrisa maligna que empezaba a aflorar a sus labios.

—Elija a esos dos —concedió Niven—. Pero busque a los demás como le he dicho —se dirigió al comandante—: Entre esos diez hombres sería conveniente un mando que pueda sustituirme si es

necesario. —Desde luego— aprobó Cooper. Plegó el sobrecejo y de pronto dijo a Cárter: —Usted será ése mando.

El sargento se derritió como la mantequilla en la sartén. Tragó saliva y dijo con voz estrangulada:

—Mi comandante, me permito recordarle que los ejercicios…

—¡Al diablo con los ejercicios! —tronó Cooper—. No han servido de gran cosa. Usted es demasiado bueno para dedicarlo a la gimnasia. Buscaremos a alguien más viejo, que ocupe su puesto.

—¡A la orden, señor! —murmuró Cárter sin resuello.

Niven dijo:

—Espere con los hombres en el recodo del río que pasa por Valle Caliente. Deben ir con ropa de civiles. Durante la marcha vayan separados en grupos de dos o tres. Nos veremos poco después del mediodía.

Cárter pidió permiso para retirarse y una vez concedido se marchó.

Cooper se dirigió a Niven.

—Puede irse también a descansar, teniente. Mañana le espera un día duro —se puso en pie y tendió la mano para estrechar la del joven—. Le deseo buena suerte con esa misteriosa caravana.

Niven salió encaminándose a sus habitaciones.

Antes de apuntar el sol, las puertas del fuerte Prescott se abrieron franqueándole la salida. Había sustituido sus ropas de oficial por camisa negra, chaleco marrón, zahones embotados en medias botas y sombrero tejano de copa baja y ala ancha.

Cabalgó unas tres horas y poco después, al estar cerca de su objetivo echó pie a tierra.

Descubrió a lo lejos una cabaña derruida por un incendio.

No le gustó el aspecto que ofrecía aquel lugar.

Obedeciendo a un pensamiento íntimo, desenfundó el revólver y avanzó con sigilo.

Tenía la sensación de que le estaban vigilando.

De pronto sonó un disparo y el proyectil arrancó el «Colt» de su mano.

Volvió la cabeza hacia donde había partido la detonación y vio a un jinete acercándose con el rifle en ristre.

Inició un movimiento hacia el arma arrebatada y una voz imperiosa advirtió:

—¡Toque ese revólver y será lo último que haga!

Era voz femenina y Niven contempló a su dueña que avanzaba dejando el caballo en trote corto.

—Estuve observándole desde que remontó la ladera —siguió diciendo la joven ominosamente.

Tenía el rostro algo tiznado, pero se traslucía su belleza. Los labios eran abultados y los pómulos salientes. Una guedeja de pelo negro le caía sobre los ojos haciendo juego con las pupilas.

Llevaba un traje de montar viejo y sucio que en algunos puntos hacía resaltar maravillosamente sus formas de mujer. Un desgarrón en la tela dejaba el hombro izquierdo un poco al descubierto. La piel de un color tostado brillaba tersa.

CAPÍTULO III

—¡Eh, salga del encanto! —increpó la joven con furia—. ¿Qué se le ha olvidado por aquí?

—Creí que había gente más civilizada por estos lugares —contestó Niven.

La muchacha hizo rechinar sus blancos dientes.

—Cómo si no los conociera. ¿Por qué ha regresado? ¿Ha venido a recoger carbón del incendio? Es lo único que queda.

—Le aseguro que es como si me hablara en chino.

—No se haga de nuevas. Usted es otro de la piara de cerdos que han pasado estos días.

—Me llamo Walter Niven.

—Y yo Jean Kelly. ¿Es que me va a pedir un baile?

Niven observó la mueca de desprecio que curvaba los labios de Jean.

—Me parece que se ha confundido conmigo —dijo él sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué no baja ese rifle y lo aclaramos?

—¡Ni lo piense! Esto y mi revólver son las únicas cosas que conservo hasta para bañarme. Hubiese sido fácil contener a esa horda. He tenido que parar muchas zarpas a tiros cada vez que iban a caer sobre mí.

—Quisiera que me hablara de la horda.

—Usted sabe más que yo.

—Le aseguro que no iba con ellos.

Ella sonrió.

—Entonces debe ser de los que hacen la «limpieza» después de levantar el campamento.

—Le ruego que se explique mejor, señorita Kelly —dijo Niven procurando que su acento fuera sincero.

—Quiere que le regale los oídos, ¿eh?

—Deseo saber exactamente lo que ha ocurrido aquí.

Jean se removió en la silla de montar. Su semblante conservaba el gesto despreciativo.

—Poco puedo añadir a lo que sabe —empezó—. Después que se marcharon quedó esto muy tranquilo. Yo le dije al viejo Sam que reuniese al ganado desperdigado y lo llevara a vender al agente y sus hombres que esperan a fin de semana en el valle. También se llevó las pocas gallinas que quedaron con el cuello en su sitio. Los bastardos dieron cuenta de casi todas.

—¿Qué pasó luego?

—Realizada la venta, Sam se encontró con un grupo de exploradores yanquis a quienes contó lo sucedido. Ellos se rieron diciendo que los que nos habían hecho la faena serían forajidos que tenían hambre. El viejo se calló y se vino algo corrido, pero echando espumarajos.

—Necesito hablar con Sam —dijo impacientemente Niven—. Lléveme hasta él.

—No tenga tanta prisa —el rifle continuaba apuntando a Niven.

—Quisiera hacerle unas preguntas a él y luego me marcharé.

—Antes quiero que me responda usted a otras.

—Muy bien. Hágalas.

—¿Qué busca?

—Necesito datos de esos hombres, de lo que quieren y adónde van.

—Eso lo sabrá usted tan bien como ellos. ¿Es que me quiere hacer creer que no es uno de la banda?

—No me vio entre ellos, ¿no es verdad?

Jean sonrió irónicamente.

—¿Cree que voy a acordarme de cincuenta caras barbudas?

—En ese caso no puede hacer juicios precipitados.

—Acabo de quitarle el revólver de las manos. ¿Qué pensaba hacer con él? ¿Cazar patos salvajes?

—Tuve la sensación de que era vigilado y quise tomar precauciones.

—Muy precavido es el chico —se burló la joven—. No querrá que me trague ese cuento, ¿eh?

—Le aseguro que fue así.

—Será mejor que busque otros argumentos porque, si no me convence, le voy a escupir en la cara un salivazo de plomo.

Niven observó el negro agujero del riñe y pasó luego la mirada a la que lo esgrimía.

Lentamente, llevó la mano al bolsillo superior de la cazadora y extrajo un papel.

—Lea esto —dijo alargándolo.

La desconfianza siguió brillando en los ojos de Jean y cuidando de no ser desarmada de improviso, lo tomó.

Le dio varias vueltas con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto? ¿Un nombramiento?

—Algo así —confirmó Niven.

El rostro femenino hizo una mueca de hastío. Luego devolvió la credencial.

—¿Sabe lo que pienso? —dijo—. Que es un truco.

Walter lanzó un respingo.

—Si no llevara ese rifle ya le habría dado un par de azotes —manifestó empezando a perder la paciencia.

—Lo mejor que puede hacer es cerrar el pico. Me está dando un calambre en el dedo índice.

—Está bien, lléveme a presencia de Sam o dígale que venga.

Las pupilas de la joven examinaron atentamente a Niven. Éste vio que la duda se reflejaba en ellos. Jean se rascó la cabeza.

—Me gustaría saber de fijo qué clase de tipo es usted.

—He intentado decírselo, ¿no? —murmuró Niven entre dientes.

—De acuerdo. Mueva las piernas y no intente ninguna jugada —Jean rozó los flancos de la montura con los pies—. Vaya hacia la cabaña.

Niven echó hacia la cabaña.

Niven echó a andar seguido de la joven.

Atravesaron en silencio una cerca ruinosa.

Llegaron al borde de una colina y Jean habló de nuevo:

—Ahí lo tiene.

Señaló un montón de tierra, coronado por una tosca cruz formada por dos leños.

—Muerto —murmuró Niven perplejo.

—Lo mataron dos días después —informó Jean con un extraño timbre de voz—. Si ha venido a comprobarlo puede darse por

satisfecho.

Niven se volvió hacia la joven y la miró fijamente. Al fin dijo:

—¿Fueron ellos?

—Una pareja segregada de la partida —Jean iba a añadir un comentario mordaz, pero se abstuvo. Los ojos del joven despedían destellos.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó él.

—Fui a visitar a unos vecinos, a tres millas de aquí. Cuando llegué los vi desaparecer a lo lejos.

—¿Cómo sabe que pertenecían al grupo?

—Sam debió de defenderse y una bala perdida mató a un caballo de los asesinos. Tomaron otro sin preocuparse de quitarle al caído los arreos. Éstos eran de la misma serie que los de la pandilla.

Niven asintió con un gruñido y luego preguntó:

—¿Pudo escuchar alguna conversación cuando estaban juntos?

—Sólo veía continuamente que querían ascender hacia el Norte a toda costa. Era su obsesión.

—¿Nada más?

—Yo procuraba dejarme ver lo menos posible. Así y todo, tuve que habérmelas con varios tipos a los que hice ver el hocico de mi revólver.

—Comprendo —murmuró Walter.

—Sam se vio obligado a contener a los cincuenta y pico de granujas, reclamando continuamente al que hacía de jefe. No consiguió que dejaran de degollar reses y darse banquetes.

—¿Fueron ellos los que incendiaron la cabaña?

—Eso lo hicieron los tipos que mataron a Sam.

—El jefe debió pensar que se había enterado de muchas cosas —comentó Niven—. Y los envió luego para silenciarlo.

La joven parecía ensimismada. En su entrecejo se dibujaban unas arrugas.

—Así que es usted un jerifalte de la banda yanqui —dijo con desdén.

—¿Tampoco está de nuestra parte?

—¡No estoy de parte de nadie! —exclamó fríamente—. Métase eso en la mollera. Sólo hemos recibido perjuicios de los dos bandos.

Niven guardó silencio unos instantes.

—¿Me permite otra pregunta? —dijo al fin.

—Suéltela.

—¿Los verdugos tomaron el mismo camino que los demás?

—Sí. El del Norte. Por el desfiladero. Y ahora lárguese.

Regresaron hacia donde tuvieron el primer encuentro.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Niven—. ¿Tiene dónde ir?

Jean estuvo a punto de enviarlo al diablo, pero dijo:

—Me las sé arreglar sola. ¿Es que quiere adoptarme?

—Puedo conducirla a fuerte Prescott. Allí estará más segura.

—Me basta con estos instrumentos de aire —dijo indicando rifle y «Colt»—. Tocan una buena música… ¡Hasta nunca, jerifalte!

Walter la vio alejarse. Entonces él cogió el revólver del suelo, soltó una maldición y montó en su silla.

CAPÍTULO IV

A mediodía halló a Cárter en las inmediaciones del Valle Caliente.

La cara del sargento sudaba bajo un enorme sombrero de ala ancha.

Dio un respingo al ver a Niven.

—Iba a buscarle, teniente. Creí que había tenido algún contratiempo.

—¿Dónde están los demás?

—Los he dejado junto al río. Es el único sitio fresco. ¿Ha sacado algo en claro?

Niven le refirió la entrevista con Jean mientras se dirigía al lugar que ocupaban los soldados.

Antes de atravesar un pequeño bosque de abetos apareció Bingo Chay con un ojo amoratado por la lucha del día anterior.

—Mi sargento…

—¿Qué pasa, Bingo?

El soldado carraspeó bajando la voz:

—Si se da prisa verá algo que hace Jay Burke.

Cárter lanzó una exclamación apretando los puños.

—Ese imbécil. ¿Qué está haciendo?

—Sígame.

Cárter y Chay se camuflaron entre unos árboles. Niven los siguió.

Siete soldados estaban alineados en posición de firmes.

Jay estaba frente a ellos y gritaba:

—¡Búfalos sagrados! ¡Soldado Adams!

Frank avanzó con las manos en la nuca y contoneándose.

—Escupa, sargento Cárter.

—¿Lema de la compañía en función de ejercicios?

—Pecho duro y caradura.

Los demás soltaron una carcajada y Jay fingió enfurecerse.

—¡Malditas mujerzuelas! ¡Los coceré vivos a todos! Pero antes desguazarán una charca llena de cocodrilos, de serpientes y de… de…

—¡De sargentos! —apuntó Frank.

—¡Eso! Meteré los pies en la charca hasta que el agua quede envenenada. No me los he lavado en seis meses.

Frank avanzó parpadeando entre la hilaridad de los soldados.

—¿Cómo, sargento? ¿No se los ha lavado el soldado Bingo Chay?

—¡Silencio, insensato! —rugió Burke—. A ése lo tengo para que me peine la cabeza y me arregle el bigote.

Más allá, en el bosque de abetos Niven le preguntó a Cárter:

—¿Hay algo de cierto en todo eso?

Cárter esquivó la mirada del teniente y se retorció azorado.

—Verá, Bingo Chay ha sido barbero en su pueblo… Creí que no era tan risible que me retocara el pelo… de cuando en cuando.

—¿Qué hay del baño? —interrogó Niven.

El sargento se pasó un dedo por el cuello de la camisa para aflojarlo.

—Me ayudó un par de veces en la ducha con un cepillo, ¿no es cierto, Bingo?

—Sí, sargento.

Burke gritó de modo que volvió a llamar la atención del oficial. La comedia que representaba con la colaboración de Adams siguió su curso.

—¡Búfalos celestes! ¿Qué ha hecho con mi ropa, Adams?

—¿Es que no está bien planchada, señor?

—¡Pero no me ha remendado los calzoncillos verdes!

—Están metidos en lejía. Recuerde que soy su lavandera particular.

—Como castigo limpiará mis quince pares de botas. Los ensuciará luego de barro y los volverá a limpiar.

Frank adoptó un gesto de dolor.

—Señor, las han arrojado en el caldero del rancho y se han convertido en una masa mal oliente.

—¡Maldito Burke! ¡Debe haber sido él! ¡Que lo asen vivo!

Cárter, entre los árboles, sudaba copiosamente con los labios contraídos por la rabia. Oyó al teniente Niven:

—¿Tiene lavandera particular?

—Ese condenado Adams sólo me lavó una vez la ropa —gruñó —. Es un deslenguado.

—Nunca he permitido que ningún soldado remendara mi ropa —dijo algo molesto Niven—. Ni castigué a nadie con eso de las botas.

—¡Eso es una sucia mentira! —negó Cárter.

Burke gritaba imitando al sargento:

—¡El que llegue el último en el ejercicio de esta tarde, me dará el masaje!

—¿Masaje? —repitió el teniente Niven encarándose con Cárter —. ¿Qué significa ese castigo?

—Ahí verá lo inocente de las sanciones al personal. Todas las tardes me daban un masaje para rebajarme grasas. Hace algún tiempo que me veo pesado. El que llegaba después que los otros en el ejercicio de asalto me lo daba.

Cárter afrontaba la situación abiertamente.

Niven dejó que su propio rostro pareciera una máscara inexpresiva.

—Creo que son excesivamente humillantes sus procedimientos, Cárter.

—¡Ah! Lo pasaban bien conmigo. Les daba de fumar y bebían un trago. Eso no lo dirá ese gaznápiro de Burke.

Niven desvió la atención hacia la figura de Burke que ahora manoteaba furiosamente en el aire.

—¡Arrójense al suelo de espaldas! —aulló.

Los muchachos obedecieron.

—Ahora golpeen con las posaderas en el suelo cantado a coro soy una vaca torpe.

Se oyó un mosconeo producido por el unísono de las voces. Jay rugía burlesco:

—¡Más aprisa! ¡Quiero oír descoyuntarse los huesos!

—¡Estoy muriéndome! —gimió una voz.

—¡Muérase más aprisa! —gritó Burke—. ¡Rápido! ¡Aún no veo que hayan agujereado el suelo!

El teniente Niven dejó caer la mano sobre el hombro el sargento:

—¿Es posible que ordenara ejercicios semejantes?

—¡Sólo se ha hecho una vez!

—Conozco ese ejercicio. Lo aplicaban a los prisioneros más rebeldes en el campo de Topeka.

Cárter perdió los estribos.

—¡El comandante Cooper no abrió el pico para objetarlos!

—¡Sargento Cárter! —Las palabras de Niven restallaron como un látigo—. Le ruego que sea más comedido en su modo de hablar.

—Dispénseme, teniente —se excusó Cárter después de tragar saliva— Hay veces que pierdo la cabeza.

—Pues consérvela en su sitio. Le hará falta para llevar adelante la misión que se nos ha encomendado.

Jay continuaba dando alaridos:

—¡Más vigor, más dureza! ¿Por qué no se mueven? ¡Quiero ver las lenguas arrastrándose por el suelo! ¡Búfalos sagrados!… ¡Lo que pasa es que tienen demasiado tocino en el cuerpo…!

Cárter dijo nuevamente:

—Creo que deberíamos acabar con esa payasada, ¿no cree, teniente?

—No tenga prisa —contestó Niven—. Veamos qué más se les ocurre.

—¿Es posible que se divierta?

—Un poco —repuso Niven sin perder detalle del espectáculo—. A propósito, ese Burke y ese Adams me los recomendó usted anoche. ¿Qué me dice de eso?

Cárter cabeceó pensativo.

—Son un par de caras duras, pero le repito que tienen agallas y hasta son inteligentes.

—Creo que usted deseaba perderlos de vista.

—Estoy seguro de que la excursión hará de ellos un buen par de soldados.

—¡Manada de cerdos reumáticos! —Galleó Burke—. ¿Es que se han tragado el fusil? ¡Más flexión de espinazo!

Frank hizo un cómico visaje y se separó del conjunto.

—Sargento, ¿me acerco a lo de Simpson a por su botellita de *whisky*?

Burke rascóse la barbilla pensativamente.

—Míreme la lengua, soldado —ordenó sacándola.

Frank retrocedió horrorizado.

—Verdaderamente asquerosa. Creo que está bastante grave.

—En ese caso vaya a por el licor. Ya sabe que lo uso solamente como medicina. Este hígado…

—Gracias, señor. Ya me estaba hartando de tanto movimiento.

Cárter levantó la mirada hacia el teniente y se anticipó a él diciendo:

—Sí. Mandaba a algún muchacho a por *whisky*. Ya sé que va en contra de las ordenanzas permitir la salida del fuerte. Pero el doctor Latimer dijo que me apoyaría si pasaba algo. Ahora ya lo sabe todo.

—Era por causa de su salud, ¿eh?

—Latimer lo autorizó para mis nervios. La verdad es que él se bebía la mitad.

Niven se aclaró la garganta, tratando de contener una carcajada. Luego dijo:

—Bueno, Cárter. Ha llegado su hora. Vaya y deles un buen susto.

Jay Burke continuaba a sus anchas al frente de la pantomima. Lanzó una orden:

—¡Caigan de rodillas y salúdenme golpeando la frente contra el suelo! ¡Quiero oír los cráneos cascarse como nueces!

Pero nadie se movió. Continuaron en posición rígida observando al sargento Cárter que se acercaba a espaldas de Burke.

Frank hacía extraños visajes guiñando los ojos.

Jay Burke frunció el ceño sin comprender.

De pronto se oyó la voz del verdadero Cárter como el disparo de un cañón.

—¡Atención…!

Los muchachos quedaron plantados como ocho estacas.

Jay dio media vuelta y se encontró con el rostro congestionado del sargento.

Éste le enseñó todas sus piezas dentarias Como un perro de presa.

—Ha sido una estupenda representación —murmuró arrastrando las palabras.

Burke retrocedió un poco, pero no parecía muy asustado.

El sargento se encaró con los otros.

—Y ustedes no han estado mal tampoco.

Su voz iba alcanzando registros que eran bien conocidos por los ocho hombres. Un poco más y se producirla el estallido de amenazas y juramentos.

Pero antes de que sucediera, el teniente se hizo visible seguido del soplón Bingo.

—¿Con que son estos dos?, ¿eh, sargento?

—Burke y Adams —presentó Cárter con rabiosa ironía.

—Déjemelos a mí —dijo Niven—. Se van a acordar de esto toda la vida.

—¿Podemos partir, teniente? —dijo Cárter.

—Si. Saldré primero. Me acompañarán estos dos puntos. Luego vayan poniéndose en marcha como hemos convenido. De dos en dos.

Niven se separó del destacamento seguido por los dos camaradas.

Diez minutos después, Niven se aseguró de que estaban fuera de la vista de los demás.

Se aproximó a Jay y Frank con las cejas bajas.

—De modo que son ustedes los que sacan a Cárter de sus casillas.

De pronto los tres hombres estallaron en gritos de alegría salvaje.

—¡Walter, condenado bergante!

—¡Viejo corsario! ¿Dónde te habías metido?

—¡Pareja de desharrapados! Tenía ganas de pellizcaros el cogote.

Frank emitió varios alaridos de comanche.

Durante unos segundos se palmearon furiosamente las espaldas e intercambiaron apretones de manos.

Niven reclamó silencio poniéndose el dedo índice sobre los labios, y luego movió los brazos iniciando una canción que fue coreada por los otros dos.

> «Marga tenía más curvas que un dromedario.
>
> »Pero si alguien se propasaba, coceaba como un asno».

Se interrumpieron para soltar una tripe carcajada.

—Os había perdido el rastro —dijo Walter.

—Lo que pasa es que querías despistarte para siempre —exclamó Jay.

—Repite eso y te dejo sin dientes —interrumpió Walter—. Estuve preguntando por vosotros en todas partes.

—Deja que me ría —terció Adams—. Cuando tienes que hacer no te ocupas de los viejos compinches.

Walter frunció el entrecejo.

—Tienes razón, Frank —dijo—. No he tenido un momento de descanso.

—¡Y nosotros con los huesos tiznados en el fuerte! —se quejó el gigante.

—Deja de llorar —gruñó Niven—. Os he sacado de paseo, ¿no?

—Sí, pero por casualidad. Esta excursión ha hecho que nos tropecemos. A propósito, ¿qué clase de estofado estamos guisando?

Niven desvió la cabeza mirando a lo lejos.

—Ya os explicaré todo, punto por punto —prometió—. Con vosotros irá todo sobre ruedas. Ahora vámonos. Los otros están ahí ya.

Los tres hombres montaron en sus respectivos caballos y se alejaron al galope.

CAPÍTULO V

—¡Cárter…! ¿Ha lavado ya la ropa?

Walter hizo la pregunta en tanto se daba los últimos toques al rasurado.

Hacía tres días que habían llegado a Colorado y estaban acanteados a orillas del río Arkansas. Aquella misma mañana levantaban el campamento y los muchachos estaban dedicados a diversas ocupaciones.

El sargento Cárter, en cuclillas, daba vueltas con una cuchara al contenido de un recipiente.

—Sí. Y el desayuno está preparado —gruñó malhumorado.

Niven se acercó poco después secándose la cara con una toalla.

—¿Qué le pasa, Cárter? —dijo—, parece que se encuentra mal.

—No estoy acostumbrado a guisar para diez bocas —murmuró poniéndose en pie—. Si quiere que le diga lo que pienso, esto no me gusta.

Walter apartó el paño del rostro y se le quedó mirando.

—Creí que estábamos todos de acuerdo —frunció el entrecejo—. Hace dos días quedamos en que cada uno se ocuparía de algo en las paradas. Si no llevamos uniforme, es lógico nos desenvolvamos como civiles.

—Es que mi parte es de las peores.

—Usted lo quiso —replicó Walter.

—¡Eh, un momento! Usted dividió las ocupaciones y habló de escoger cada uno lo que más le gustara. Entonces el mamarracho de Burke dijo que…

—Lo recuerdo perfectamente —lo interrumpió Niven—. Burke habló de jugarnos las ocupaciones al póquer y todos estuvimos de acuerdo.

—¡Qué iba a decir yo!

—A Burke le tocó buscar algo de caza, Chay lavar calderas… En fin, ya sabe. ¿De qué se queja?

Cárter hizo sonar los dientes.

—Ese Burke… Estoy seguro de que hizo trampa. ¿No vio que práctica tenía con los naipes?

—Bah, rechace eso de la cabeza —dijo Walter—: Burke el honrado.

Después del desayuno, Niven dijo a Cárter:

—Nos reuniremos a la salida del desfiladero. Vaya adelantando. Estaré con ustedes dentro de unas cuantas horas.

—¿Aún sigue con la idea de ver a ese cazador de búfalos? —preguntó Cárter.

—Estoy seguro de que sabe lo que se propone la columna de confederados. Estuvo en contacto con ellos algunos días.

Walter partió diez minutos más tarde.

Ascendió por un cerro y una vez en lo alto sacó un catalejo del estuche que colgaba junto a la silla.

A través de las lentes descubrió una casa de madera. Por la chimenea ascendía una débil columna de humo.

Un cuarto de hora más tarde llegó frente a la casa.

En la puerta había un hombre tendido en el suelo sobre un pequeño charco de sangre.

Niven se inclinó sobre él comprobando que estaba muerto. Tenía en la espalda cuatro agujeros de bala.

—Contémplalo bien, encanto —dijo una voz ronca—. Pronto le harás compañía.

Niven levantó la cabeza y vio dos hombres dentro de la casa.

Estaban sentados junto a una mesa. El que había hablado mostraba un cigarrillo en la comisura de los labios y una larga cicatriz en la frente.

El otro tenía aspecto de mexicano. El bigote le cubría la boca.

Walter se enderezó y entró en la casa quedando en el umbral.

—¿Sois los tipos que mataron a Sam el ranchero? —aventuró.

El del cigarrillo levantó las cejas mirando a su compadre.

—¿Has oído, Lince? Es una echadora de cartas. Te adivina el pasado.

Lince sonrió mostrando una dentadura grande y sana.

—Ahora que adivine su futuro —dijo risueño—. ¿Verdad, Coe?

—Lo vamos a liquidar ahora —contestó Coe—. Apesta a oficial yanqui.

—Acaba de fumarte el cigarrillo.

Niven estaba inmóvil.

—¿Quién os manda? —preguntó—. ¿El capitán del rebaño?

—Ya que pronto lo olvidarás te lo diremos —habló Coe—. No nos manda nadie. Custodiamos el rebaño sin que lo sepa su oficial.

—¿Agentes?

—Llámalo como quieras —continuó Coe—. Yo diría agentes tapabocas. Se las cosemos a los que se empeñan en hablar demasiado de la caravana.

—¿Qué busca la caravana?

—Preguntas demasiado, pimpollo.

—Voy a morir, ¿no?

Coe sacudió la cabeza con cierto pesar.

—Lo condenado del caso es que nosotros tampoco sabemos la misión de esos confederados.

—Una última pregunta.

—Ya basta. Despachamos enseguida a los que se interesan tanto. Es nuestro trabajo.

Lince, el mexicano, intervino:

—Tira el cigarrillo de una vez, Bill. Si no nos vamos pronto, el sol apretará luego de firme.

—Tienes razón, Lince —aprobó Coe—. Además esto se pone muy aburrido.

Los dos verdugos se fueron levantando poco a poco. Ninguno de los dos apoyaba los brazos para incorporarse. Los tenían preparados para dejar caer las manos con velocidad hacia las culatas de los «Colt». Los ojos de ambos no dejaban de estudiar a Niven.

Éste aparecía con los brazos relajados a lo largo del cuerpo.

Coe, sin perder el buen humor, se despidió del oficial diciendo:

—Recuerdos al diablo, pimpollo.

—¡Qué bueno! —empezó a carcajearse Lince.

Entonces, todos tiraron de los revólveres.

Los «Colt» vomitaron fuego y porciones de plomo.

Una posta de Coe, pasó bajo el sobaco de Walter.

Otra de Lince le calentó el lóbulo de la oreja.

No hicieron mejores blancos porque Bill Coe moría con un taladro en el ceño, mientras su compinche, el charro Lince, recibía un impacto en pleno paladar.

Al disiparse el humo, Niven contempló la carnicería.

Se acercó a los cadáveres y buscó en los bolsillos de Coe y luego en los de Lince. Pero no encontró ningún documento o información.

Se volvió por distinto camino que había llegado con objeto de salir al paso de Cárter y los muchachos.

Los halló donde se habían citado y continuaron la marcha.

Al atardecer, hicieron un alto.

Durante el descanso, Walter subió a un montículo desde donde inspeccionó la lejanía provisto del catalejo.

Jay y Frank se le acercaron con las manos en los bolsillos.

—¿Qué estás mirando, Walter? —preguntó el primero.

—Desde hace varias horas nos está siguiendo un jinete —informó Walter sin dejar de observar.

—¿Qué clase de tipo es? —interrogó Jay frunciendo el ceño.

—Acabo de perderlo de vista.

—¿Está muy lejos?

—Como cosa de dos millas.

Walter bajó el catalejo y empezó a plegarlo.

—Es inútil —dijo—. Ya no se ve ni el polvo.

Burke tendió la mano.

—Déjame ese chisme, Walt. A ver si tengo un poco de suerte.

—No lo localizarás. Lo malo del catalejo es que cuando se desenfoca no hay manera de encontrar lo que buscas.

—No cuesta probar —dijo Jay tomando el instrumento óptico.

Lo estiró y levantándolo se lo colocó en el ojo izquierdo.

—¿Qué diablos se propondrá ese tipo? —pensó en voz alta.

—¡Cualquiera lo sabe! —exclamó Frank que hasta entonces había tenido las cejas bajas y la boca cerrada.

—No tardaremos en saberlo —repuso Walter.

—Eso creo yo —aportó continuando la búsqueda. Luego añadió —: Nada. Ni rastro del tipo.

De pronto dio un respingo.

—¡El demonio se me lleve! —exclamó rabioso—. ¿Qué es lo que veo?

Niven y Frank se inclinaron hacia él.

—¿El jinete? —exclamó Frank.

—¡Qué jinete ni qué atemos! —gritó Jay con creciente indignación—. ¡Maldita sea!

—Bueno. Explícate —apremió Niven.

—¡Es la jugada más sucia que he visto en mi vida! —continuó Jay en tanto corregía el enfoque—. ¡El grandísimo cerdo!

—¿Pero qué estás viendo? —Se impacientó Niven.

—¡Lo increíble! —exclamó. Luego rectificó—. Bueno, es capaz de todo.

—¡Trae el catalejo! Rugió Niven.

—Suéltame —rechazó Jay con el codo—. No me lo perdería por nada del mundo…

—¡Pues habla!

—¡No, quiero verlo! ¡No…! ¡No…!

Niven y Frank vieron desorbitados el ojo que miraba por el instrumento.

De pronto Jay abandonó la inspección mostrando el semblante demudado.

—¡Es Cárter! —aclaró devolviendo el catalejo a Niven—. ¡Se está bebiendo nuestro *whisky*!

Hubo un silencio.

Luego Frank estalló en una retahíla de imprecaciones que fueron coreadas por Burke.

—¡La única botella! —gimió éste.

—¿Cómo sabes que es la nuestra? —preguntó Frank.

—Es la misma que trajo Walt de Topeka —Jay echaba fuego por los ojos—. He reconocido la etiqueta enseguida.

Frank dio un par de saltos hacia el caballo de Walter y miró en el zurrón.

—¡Cierto! —Galleó—. ¡Ha volado!

—¡Así reviente! —maldijo Burke—. Se olvidó la suya y ahora se empina la nuestra.

—No debí enseñársela —se reprochó—. Menos aun sabiendo que con las prisas no se había podido abastecer al salir del fuerte.

—¡Maldito cochino…! —rezongó Jay—. Apenas estaba empezada.

—Déjalo, Jay —dijo Niven—. Tal vez no se la beba toda.

—¡Es verdad! —exclamó Frank tomando el anteojo—. No se la

podrá acabar.

Buscó a Cárter a través de las lentes.

Soltó un grito que hizo volverse a sus dos compañeros.

—¡Se la acaban! —rugió—. ¡Bingo Chay está con él!

La nueva información hizo que Niven y Burke tragaran aire violentamente.

—¡Bingo! —se desesperó Burke—. ¡Ese soplón, tahúr, ladrón!

—¡El mismo! —continuó Frank—. ¡Ahora la toma de manos de Cárter…! ¡Bebe…! ¡Qué trago…! ¡Se entretiene… Ahora se limpia el hocico…! ¡Pero se la lleva otra vez a la sucia boca… Bastardo…! ¿Qué hace…? ¿Eh…? ¡La pone horizontal…! ¡Queda menos…! ¡Ah…! ¡Se la pasa otra vez a Cárter…! ¡Bebe…! ¡La empina demasiado…! ¡Laacaba…! ¡Laacaba…!

Frank bajó lentamente el catalejo.

—La ha terminado, muchachos —anunció sin resuello, con voz lúgubre.

CAPÍTULO VI

Dos días después, Walter llegaba al punto D. Como denominaban al fin de aquella etapa.

Sus dos amigos, Frank y Jay, habían quedado una milla más atrás bañándose en un arroyo subsidiario del río Castor.

Descubrió un extenso bosque que quedaba limitado por la escotadura de un barranco.

Unas rocas redondas y peladas semejantes a gigantescos cráneos marcaban hipotéticamente el punto de reunión.

Observó los alrededores para ver si alguno de los hombres del destacamento, se habían anticipado, pero todo aparecía desierto.

El sol enviaba calor ardiente a la superficie del arenal que pisaba Walter por lo que buscó abrigo entre los árboles, hallando un sitio estratégico por el que podía observar una extensa porción de terreno.

Armó un cigarrillo y sacando un fósforo le pegó fuego.

Soltó una bocanada de humo y dio unos cuantos pasos, seguido de su montura.

Oyó de pronto una mezcla de carcajadas, gritos de rabia y exclamaciones.

Tirando de las bridas del caballo fue aproximándose al lugar de donde partían.

Vio a Bunyan que desde un claro se dirigía a unos ocultos personajes cuyos movimientos agitados removían la vegetación.

—Vamos, ¿es que os voy a tener que echar una mano? —reía.

—Déjanos, Bunyan —gritó uno—. Quédate ahí si no quieres recibir un zarpazo.

—¡Ni que fuera un puma! Vaya, sacadla de una vez, Luke.

Luke fue el primero en salir, pero no por su propia voluntad.

Había sido coceado desde la maraña de pinos enanos y hierba.

Cayó encorvado cogiéndose el vientre.

—¡Maldita sea! —gritó con furia—. Dejádmela un momento y veréis como la amanso.

La siguiente remesa expedida por la vegetación fue O'Hara, que salió a la pata coja palpándose un tobillo.

—¡Una coz, Bunyan! ¡Te digo que esto es una coz!

Bunyan rió fuerte y se lanzó hacia el punto donde habían aparecido sus dos compañeros.

Reapareció después de un violento remover de ramas y hierbas, tirando del brazo de alguien.

Luego salió otro de los muchachos arrastrando a la misma persona que Bunyan había atrapado.

Walter dio un respingo al ver a Jean Kelly debatirse entre los dos soldados.

Jean dio un mordisco a Bunyan quien aulló como un coyote. La soltó, pero entonces Luke, repuesto del patadón se apoderó, del brazo de la joven ayudando a llevarla hacia el centro del claro. O'Hara retrocedió con precaución y se puso a colaborar con Luke.

Ella se retorcía entre los vigorosos brazos de los muchachos.

—¡Hatajo de perros sarnosos! —gritó—. ¡En cuanto coja el revólver os voy a purgar con plomo!

Forcejeó mientras era conducida a presencia de Bunyan quien saludó haciendo reverencia.

—¡Sólo queremos ofrecerle nuestra hospitalidad, distinguida señorita!

Tuvo que incorporarse bruscamente para evitar un rodillazo que la joven le envió a las narices. Entonces se oyó una voz masculina que se esforzaba por alcanzar los registros de tiple.

—¿Habrá un hueco para la señora de compañía? —Era Orpington. Apoyaba la zurda en el costado tratando de sostenerse unas faldas en tanto extendía la derecha para que la besara Bunyan.

Al verlo, Jean chilló:

—¡Deja esa ropa…!

Los demás soltaron largas risotadas.

—No te sulfures, encanto —se carcajeó Bunyan.

—¡Me las pagaréis todos!

—Vamos, vamos…’. ¿Es que no sabes más que chillar?

—¡Manada de puercos! —barbotó la joven—. Ya os ajustaré las cuentas.

—¿Por qué no te calmas?

—¡Claro que me calmaré, pero cuando os vea tendidos y llenos de agujeros!

—Eso será difícil, encanto. Luke se ha encargado de esconder bien toda tu ferretería.

Luke seguía sujetando el brazo de la chica y dijo resoplando:

—No estaría de más que la registrarais. Tal vez lleve un pequeño revólver.

—Cierto. No había caído en ello —dijo Bunyan—. ¡Eh, O’Hara, asegúrate de eso!

—¡No te acerques! —gritó Jean.

O’Hara se puso a espaldas de la muchacha adoptando precauciones.

—¡Maldito cobarde! —lo increpó ella—. ¡Si puedo soltarme un brazo te arreglaré la cara!

—¡Sujetadla bien, muchachos! —rogó el que la iba a cachear—. Es capaz de arrancarme una oreja.

Walter Niven apareció avanzando lentamente.

—Habéis tenido bastante suerte en la caza —dijo—. ¿Qué clase de bicho es éste?

Por unos momentos los hombres y la joven dejaron de forcejear.

Ella abrió los ojos asombrada.

—¡Ésta sí que es buena…! ¡Si es el jerifalte!

Sin apartar la mirada de la joven, Niven recomendó:

—Mucho cuidado con ella. No quiero tener ninguna baja.

Jean trató de desprenderse un brazo, pero no pudo.

—De modo que es perro pastor de esta manada.

—¿De dónde sale usted?

—Pregúntelo a sus buitres. Ellos le dirán dónde me encontraron.

—Prefiero que me lo diga usted misma.

Las pupilas de la joven relampaguearon.

—¿Por qué no dice que aparten de mí sus sucias garras?

Niven se dirigió a Luke.

—Está bien, soltadla.

—Es un peligro, jefe —advirtió Luke—. Bunyan todavía está frotándose el mordisco que le ha soltado.

—Espero que se porte ahora mejor. En otro caso la ataremos con una cuerda.

—Muy gracioso —dijo Jean—. A todos ustedes se la ataría a los cuellos, pero colgando de una rama.

—Deje las amenazas, Jean. Los chicos se lo pueden tomar muy a pecho.

—Si no me hubieran quitado los revólveres ya les habría dado yo…

Fue liberada de brazos y manos y se revolvió furiosa. Los que la habían sujetado, se apartaron unos pasos prudentemente.

Niven ordenó con voz enérgica.

—¡Estese quieta o mando que la amarren!

Ella avanzó hacia el teniente deteniéndose frente a él.

—Gracias por el favor —dijo entre dientes—. Ahora, ¿puede devolverme mis armas y mis cosas?

—Todo se andará, Jean. Debe calmarse antes un poco. No crea que pensamos venderla aun ropavejero.

—No piensa soltarme, ¿eh?

—Ahora puede moverse libremente. ¿Por qué tiene tanta prisa?

—Es que no quiero que me ensucien con su mugre.

—Usted tampoco lleva la cara muy limpia —observó Niven.

Jean se frotó rabiosamente las manos contra las perneras del pantalón de montar.

—¡Asno presuntuoso! ¿Qué se ha figurado? —Las palabras se le atropellaron en los labios.

—No empiece a subirse a la parra —dijo Niven—. Nadie la sujeta ni la zarandea. Apuesto a que si sigue de ese modo acabará persiguiéndonos a todos. A propósito ¿cómo dijo que la cazaron?

—No he dicho nada.

—Debió ser una gran aventura.

—Sus cerdos me sorprendieron mientras echaba una cabezadita.

—¿Iba muy lejos?

—¡A usted qué le importa!

—¿Lo ve? Ya vuelve a sus andadas. ¿Por qué no trata de comportarse como una persona?

Jean aspiró aire con violencia, iba a soltar una andanada cuando oyó a lo lejos un grito de llamada.

Niven se volvió hacia Bunyan.

—Son ellos. Sal fuera de la arboleda y diles que ya estamos aquí.

Bunyan salió y Orpington dejó caer con disimulo las faldas que había escondido detrás de él, marchando en pos del primero.

Los demás soldados siguieron el ejemplo de Orpington por entre los pinos.

Antes de que Luke desapareciera, Walter le preguntó:

—¿Dónde estás las cosas de la señorita?

—Junto a su caballo… Excepto eso que ha soltado Orpington —señaló con la cabeza las faldas y se largó rápidamente.

Jean dio unos pasos hacia la prenda y Walter se anticipó, recogiéndola.

—Ahí tiene lo suyo —dijo ofreciéndola—. Como ve, excepto esto, todo continúa en su lugar.

Jean dio un tirón brusco de la prenda al tomarla.

—Otra vez gracias, cabecilla —rezongó con desdén—. Es usted mi salvador.

—Ahora que parece de mejor humor, ¿puede decirme dónde va?

Ella hizo una mueca de fastidio.

—Mire, jerifalte. Me han sucedido tres desgracias en poco tiempo. La primera es que me liquidaron el ganado. La otra, que me mataron a mí socio y quemaron la casa. Y la tercera que me estoy tropezando con usted y con su coro de infantes con demasiada frecuencia. ¿Aún quiere que recobre el humor?

—Bueno. Son varias desgracias en poco tiempo —asintió Niven—. De todos modos tengo curiosidad de saber por qué ha abandonado sus tierras y adonde se dirige.

—Voy a criar pollos en la granja de mi hermana que está bastante al norte. ¿Satisfecho?

—No está mal. ¿Y sus tierras?

Las vendí el mismo día que partió usted de allí.

Niven observó una guedeja del pelo de la joven que le pendulaba sobre el ojo.

—Podía haber hecho el viaje con nosotros.

—No me diga. ¿Sabe que tengo bastante miedo a la peste?

—¿Es qué no sabe hablar de otro modo? Siempre está echando avispas por la boca.

—Sé hablar hasta el dialecto comanche. Pero con elementos como usted y su pandilla no puedo hacerlo de otra manera.

—Sólo ha recibido unos empujones. No veo que ande coja.

Ella clavó los labios.

—Estuvo muy a tiempo. ¿Es que va a decirme que me cazaron para que les lavara la ropa y les cosiera los botones de los chalecos?

Walter miró los ojos grises de ella.

—No debió viajar sola —dijo.

—Vaya. Ya ha salido otra vez el instinto paternal. Le aseguro que me las sé componer sin la compañía de nadie.

—¿No ha tenido bastante con una lección?

Jean sonrió casi sin ganas, dejando entrever unos dientes pequeños y blancos.

—Mire, jerifalte, ya le dije que esos hurones me cogieron cuando estaba durmiendo. Fue una casualidad que me encontraran. Estaba en una buena madriguera. Pero le aseguro que no se volverá a repetir. Ya me las ingeniaré.

—Creo que confía demasiado en su puntería. ¿Qué hará si no tiene otra vez los revólveres a mano?

—No ocurrirá nada de eso. Los tengo siempre pegados a los flancos.

—Tal vez no le de tiempo a desenfundarlos.

—¡Basta! —exclamó lean—. ¿Sabe que es bastante entrometido?

—¡Y usted más Imprudente aún! —Casi gritó Walter—. ¿Es que no puede meterse en la cabeza el peligro que corre?

Jean lo miró con rabia y lanzó la prenda que tenía entre las manos hacia un lado.

—Voy a demostrárselo, cabecilla —dijo.

Walter observóla algo intrigado.

—¿Qué va a hacer?

—Enseñarle que no me asusta ningún tipo.

—Empiece, estoy sobre ascuas.

—Béseme.

Walter parpadeó varias veces.

—¿Cómo?

—Que intente besarme. Vamos, acérquese.

El joven arrugó el entrecejo. Luego recorrió lentamente los dos pasos que los separaban. La enlazó fuertemente por la cintura y fue a besar sus labios.

De pronto sintió que los pulgares de la muchacha se clavaban en sus riñones.

Lanzó un respingo de dolor y la soltó casi instintivamente.

Ella emitió una carcajada.

—¿Qué le ha parecido, jerifalte?

—No está mal —convino Walter malhumorado—. Pero todo puede fallar.

—Tengo varios trucos, ¿sabe?

—Enséñeme otro —dijo él.

—Bueno, pero éste le va a escocer más. ¡Adelante!

Walter se agachó rápidamente y la tomó por un brazo haciéndole una llave.

Jean se las ingenió para largarle un rodillazo al bajo vientre.

Niven aflojó la presión y oyó de nuevo que ella empezaba a reír.

De pronto la hizo girar violentamente sobre los tacones y la atrapó por el cabello. Comprimió los labios contra los de ella en un largo beso.

Al separarse, Jean tragó aire con violencia y aulló con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Maldito tramposo! ¡Serpiente asquerosa! ¡Tahúr de los demonios!

Walter colocó los pulgares en el chaleco y esperó a que cesara la lluvia de improperios. Luego dijo:

—Y a le dije que todo tiene su fallo.

—¡Me ha hecho una sucia jugada!

—Bueno, era un ensayo, ¿no?

—¡Le aseguro que de no jugar sucio no hubiera…!

—Eche agua sobre el fuego —le interrumpió irónico Niven—. ¿Quiere venir con nosotros o qué?

—¡Pueden irse al cuerno! —repuso ella con los dientes apretados.

—Cómo quiera, preciosa. Le deseo buena suerte y que pueda llegar sana y salva a la granja de su hermana.

Niven abandonó el bosque y descubrió con satisfacción que

Cárter estaba al mando de todo el destacamento.

—¿Cómo ha ido eso, señor Niven? —le preguntó el sargento.

—Llevamos una buena marcha. Calculo que dentro de una jornada es posible que les echemos el ojo a esos pájaros.

—Es raro que a estas alturas no nos hayamos topado con ninguno. Si no me equivoco van muy separados de nuestra ruta.

Walter montó el caballo y lo condujo hacia el sargento.

—Continuaremos avanzando los mismos grupos en que nos hemos dividido. Al anochecer nos pondremos de acuerdo en lo que hay que hacer si no los hemos visto.

—¿Piensa todavía que nos reunamos en el bosque de Canyon Hasse?

—Por ahora sí —contestó Niven—. Usted vaya por el Desfiladero del Diablo con sus muchachos. Bunyan y los que le acompañan pueden viajar por el valle. Los demás seguirán por la ladera este de las Rocosas. De este modo nos extenderemos en una amplia zona. Cuando nos volvamos a reunir en Canyon Hasse espero que cualquiera de nuestros grupos haya tropezado con algunos componentes de la compañía sudista.

—¿Lo cree tan fácil? —preguntó Cárter.

—No olvide que ellos seguirán una táctica parecida a la nuestra. Se dividirán en grupos para pasar desapercibidos y se reunirán cada día al anochecer.

—Bueno, ¡ojalá!, les veamos mañana la cara a alguno de ellos.

—Puede estar seguro, Cárter.

Los jinetes se separaron alejándose por grupos de acuerdo con las órdenes de Niven.

El teniente oyó ruido a sus espaldas y volvió la cabeza. Entonces se quedó asombrado al descubrir a Jean Kelly que los seguía y tras observarla un rato volvió a mirar al frente curvando los labios en una sonrisa.

CAPÍTULO VII

Walter avanzó entre las sombras de la noche hacia el campamento, guiándose por el resplandor del fuego.

Junto a los leños crepitantes, Cárter y Bingo Chay hablaban en voz baja.

Al otro lado, Jay, Frank y Bunyan se entretenían en una partida de póquer acompañados de varios de los muchachos que hacían de mirones.

Walter levantó la cabeza y vio al que hacía la guardia agazapado entre unos peñascos.

—Eh, Luke, ¿todavía no se ven?

El aludido se apoyó en el cañón del rifle y miró hacia donde estaba Walter.

—Ni rastro, señor Niven —contestó el hombre—. Espero que cuando desaparezcan esas nubes con la luna llena podré ver mejor.

—Siga con los ojos bien abiertos.

Cárter intervino diciendo.

—No sé qué les pasa a O'Hara y Orpington que siempre llegan los últimos.

—Esta vez estoy convencido de que les ha ocurrido algo imprevisto —aseguró Niven—. Hemos venido tres horas antes que ellos.

—¿Le parece que demos un rastreo por ahí?

—Esperemos algo más. No hemos de precipitarnos.

Se oyó exclamar a Burke:

—¡Trío de ases! Lo siento, Frank. Pero con esta partida ya me debes un millón doscientos cincuenta mil dólares.

Walter descubrió la silueta de Jean apoyada sobre el tronco de

un árbol.

Fue acercándose lentamente y al aplastar unas ramas secas bajo las botas, llamó la atención de la joven.

Ella al verlo acercarse levantó la barbilla y se puso a contemplar la masa de nubes por entre las que asoma la luna a intervalos.

—Hola —saludó Walter—. ¿Por qué no va con los demás?

—No formo parte de su comparsa, Niven —repuso desabridamente—. Ni estoy a sus órdenes para informarle si se ve un indio galopando, o tres forajidos con el cuchillo entre los dientes.

Niven quedó parado frente a ella.

—De mal talante, ¿eh?

Jean dejó de apoyarse en el árbol y lo miró de pies a cabeza.

—Bueno, ¿qué quiere ahora?

—Sólo invitarla a que se acerque al fuego. La noche ha refrescado bastante.

La joven se colocó las manos en la espalda y se balanceó de un lado a otro.

—Gracias —dijo—. Estoy sudando.

Niven la contempló mientras sus labios dibujaban una sonrisa. Alargó el brazo y lo descansó en una rama.

—No es usted muy tratable, Jean.

—¿Qué quiere ahora? —dijo ella con desgana—. Me dijo que me asociara a la compañía para viajar con más seguridad. Ha conseguido lo que quería, ¿no? ¿Qué pretende más? ¿Que fume la pipa de la paz con todos sus compinches?

—Estará mejor que aquí en la oscuridad.

—Prefiero estar con los búhos. Bueno, déjeme en paz.

Walter rompió una rama pequeña, pero no se movió del sitio. Dividió el palito en fragmentos y los fue arrojando uno a uno.

—Está bien. Me marcho —dijo al fin— si piensa dormir aquí, le deseo de veras una buena noche. Es posible que mañana aparezca devorada por un puma.

Los labios de la joven se distendieron esbozando el gesto de fastidió que le era característico.

—Oiga, ¿por qué no llama ahora al coco?

Walter se mordisqueó el labio inferior apareciendo pensativo.

—No quiero asustarla —afirmó distraído dando un punterazo

con la bota a un guijarro—. Pero si no lo sabe, tenga en cuenta que estamos acampados en lo que se llama Valle del Puma. Hay bastantes bichos de ésos rondando por aquí. Especialmente lo hacen alrededor de los campamentos. No estaría de más que se acercara al fuego.

Hubo un breve silencio.

En la lejanía sonó el aullido de un perro salvaje y Niven lo escuchó con satisfacción. Había sido oportuno ya que le daba a las palabras un marco adecuado.

Jean fue a responder, pero se abstuvo mientras sus pupilas se desviaban hacia la oscuridad.

De pronto se oyó un golpeteo furioso contra el suelo cerca de allí.

Jean dio un salto y se refugió entre los brazos de Walter a la vez que emitía un pequeño chillido.

Sobre las cabezas de ambos sonó nuevamente la voz de Luke, el que hacía la guardia.

—¡Señor Walter! ¡Ahí vienen!

Niven retuvo a la joven unos breves instantes entre sus brazos. Los dos quedaron mirándose fijamente.

Ella inició un movimiento de separación y los brazos masculinos aflojaron.

—No es el puma —dijo Walter— todavía.

Luego se oyó otra vez a Luke:

—¡Sólo viene uno!

Walter retornó a donde estaban los hombres a sus órdenes.

Cárter se había levantado de junto a la hoguera y se reunió con el teniente al que dijo:

—Apuesto lo que quiera que el que viene es Orpington. Ese O'Hara

no sé qué le ocurre. Parece que tenga el caballo con ataques de parálisis.

—Tal vez haya sufrido un accidente.

Ambos hombres se dirigieron a la entrada del pequeño bosque, seguidos por varios de los muchachos.

Luke siguió anunciando desde arriba.

—¡Ya está aquí! Ahora sube la cuesta.

Niven y Cárter pudieron comprobar lo que decía el centinela.

, Esperaron a que el jinete fuera hasta ellos.
O’Hara
se acercó tirando de la brida y resoplando. Al reconocer a sus jefes exclamó:

—¡Los hemos visto! ¡Están a dos millas de aquí!

Niven y Cárter cambiaron una rápida mirada, pero el último quiso asegurarse.

—¿Te refieres a la compañía de sudistas?
O’Hara
hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Sólo con cuatro hombres.

Walter intervino a su vez.

—¿Qué se ha hecho de Orpington?

El recién llegado jadeó unos segundos y repuso:

—Se ha quedado vigilándolos.

—¿Qué hacen esos cuatro hombres? —volvió a interrogar Niven.

Los hemos descubierto un buen rato antes de caer la noche. Orpington y yo íbamos por entre un bosque y los vimos de pronto. Les seguimos el rastro bastante tiempo. Llevaban la misma ruta que nosotros. Al fin escogieron un sitio para acampar y allí están.

—¿Cómo habéis comprobado que son los que buscamos?

—Muy fácil —contestó
O’Hara
—. Orpington ha sido del Tercer Regimiento de exploradores. Tiene buen oído y sabe arrastrarse en la oscuridad con el mismo sigilo que una serpiente de cascabel. Se acercó al grupo que en aquel momento estaba tomando café. Oyó palabras sueltas, por ejemplo: «Será un buen golpe… Pronto nos reuniremos con la compañía… Cuando los cochinos yanquis se den cuenta…». Y así varias palabras, pero sin ningún interés. Orpington hubiese podido enterarse de más, pero tenía a uno muy cerca que estaba canturreando el himno sudista roncamente y se quedó limpio. Luego callaron.

Walter reflexionó rápidamente y se volvió a Cárter.

—Se trata de uno de los brazos en que se ha dividido la compañía. Traiga el plano.

—¿Qué vamos a hacer, Niven? —se interesó el sargento.

—Hemos de movernos rápidamente.

—¿Levantamos el campamento?

Niven por toda respuesta hizo un gesto al sargento y se dirigió a la hoguera.

Una vez allí, tomó el plano que le ofrecía su acompañante y dijo a
O'Hara.

—Venga un momento —se acercó el soldado y Niven extendió la carta geográfica ame él—. ¿Podrá señalarme en el mapa dónde acampan esos tipos?
O'Hara
estudió cejijunto el papel y le dio varias vueltas.

Su grueso dedo índice recorrió la superficie y después de varios titubeos se paró en un punto.

—Es aquí, señor Niven.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

Niven sacó un lápiz de color del bolsillo de la cazadora e hizo una cruz.

Levantó la mirada hacia Cárter quien tenía la frente surcada por varias arrugas.

—Voy a ir a ese campamento ahora mismo —dijo.

—¿Solo?

—Me acompañarán tres hombres. Creo que seremos suficientes.

El sargento parpadeó varias veces.

—¿Por qué no vamos todos?

—No es necesario. Hemos de sorprenderlos sin darles tiempo a nada. Haremos lo posible para no disparar un tiro. Es un trabajo de puños. Me hacen falta tres que zurren bien.
O'Hara
volvió a ser interrogado por Niven.

—¿En qué punto está apostado Orpington?

El soldado meneó la cabeza con cierta contrariedad.

—Lo condenado del caso es que me dijo que no continuaría en el mismo lugar. Tenía miedo de que lo descubrieran… Dijo que se alejaría y los vigilaría a distancia. Estará rondando por allí.

Cárter intervino.

—¿Por qué no les acompaña
O'Hara?

El joven teniente hizo una mueca que Cárter interpretó como de amonestación.

—¿Es que no se da cuenta de cuando un hombre está cansado? Los que me acompañen han de estar en condiciones de pelear duro si se presenta. No. Es mejor que
O’Hara
se quede aquí. Le hace falta.

—Tiene razón, Niven. Debe escoger los mejores.

Los que estaban alrededor del fuego tenían las orejas abiertas a cuanto se decía.

Niven se encaró con ellos y señaló a uno.

—Bunyan, usted parece bueno para esto.

El hombre asintió silenciosamente y acudió a su lado.

Niven señaló con el dedo índice a Jed la Turne, un tipo de ojos mongólicos, nariz torcida y recia musculatura.

—Prepare revólver, rifle y puños.

El escogido enseñó un juego de dientes en señal de complacencia y se puso en pie.

Niven detuvo el recorrido de la mirada en Adams, quien se relamió.

—Vamos, Frank. ¿Estás esperando que te lo diga?

El hombrón enarcó el pecho, lleno de satisfacción, y removió su cuerpo incorporándose.

Cárter creyó oportuno en aquel momento empezar a dar órdenes y les hizo revisar caballos, armas y demás.

Jay Burke fue el único que quedó de los soldados junto al fuego. Su semblante traslucía rabia mal contenida.

—De modo que me quedo, ¿eh, Walter?

El aludido compuso un gesto de tolerancia.

—Vamos, Jay. No te pongas así.

—Conque te parezco ñaco ¿eh?

—Ya sabes que no es eso —contestó Walter tratando de poner un acento de sinceridad en su voz—. Es que quiero que se quede aquí uno de mi confianza.

—Está Cárter, ¿no?

—Pero contigo aquí todo irá mejor. Opino como vosotros. Cárter tiene algo dura la cabeza. Tú sabrás aconsejarle en caso necesario.

Jay aceptó de mala gana.

—De acuerdo, Walter. Me quedaré pelando patatas. El teniente se dirigió buscando una de las salidas de aquel cerco de pinos y se alejó dejando a Jay con tres hombres que regresaban al fuego.

Apenas había andado unos pasos se oyó la voz de Jean.

—¿Qué significa este jaleo? ¿Es que nos vamos?

Walter volvió la cabeza viéndola aparecer entre las sombras.

—Sólo unos cuantos. Pero volveremos pronto. Le aconsejo que se acerque al fuego.

—¿Con esos tipos?

—Está con ellos el señor Cárter. Es hombre de carácter. Tiene mujer y seis hijas. El los mantendrá a raya.

La muchacha se cruzó de brazos y lo miró abiertamente.

—¿Dónde van? ¿A robar gallinas?

Walter hizo rechinar los dientes por toda respuesta y se alejó de la joven.

Encontró a Frank y los otros escogidos para la misión a la salida del bosque.

—Hemos de hacer todo lo posible para caer sobre ellos de sorpresa y cogerlos vivos —les dijo.

Frank hizo entrechocar los puños.

—Yo me encargaré de hacerlos cantar.

—Los traeremos al campamento. Aquí será todo mucho más fácil —siguió diciendo Walter—. Luego agregó: —En marcha.

Cada uno de los hombres se dirigió a su respectivo caballo.

Walter se puso a la cabeza del grupo y avanzaron entre las sombras nocturnas.

Las nubes seguían pasando ocultando la luna a intervalos cortos.

Algún tiempo después llegaron cerca del lugar a que se dirigían.

Niven hizo una señal para que se detuvieran los jinetes y se volvió hacia ellos.

—Haremos el resto del camino a pie. Hemos de evitar que se oigan los cascos de los caballos.

—¿Vamos a dejarlos aquí? —interrogó Bunyan.

Niven desmontó y ató su cabalgadura al tronco de un árbol.

—No podemos exponernos a que lancen un relincho y nos descubran —contestó retornando al grupo—. Es mejor que nos desprendamos de ellos.

—¿Y si tenemos que salir corriendo?

El teniente hizo brillar sus pupilas en la oscuridad hacia Bunyan.

—No correremos —respondió—. Si algo marcha mal les haremos frente.

Los hombres siguieron el ejemplo de Walter, desmontando y asegurando los animales.

Aprovecharon un momento de oscuridad y, con Niven al frente, avanzaron hacia unas peñas. Buscaron a Orpington, pero no pudieron encontrarlo por ningún lado.

A la distancia de un tiro de piedra pudieron descubrir un leve fulgor que procedía de la fogata medio apagada del campamento enemigo.

No pudieron por tanto apreciar ninguna forma humana en el lugar de descanso.

—¡Maldita sea! —exclamó Frank mirando al cielo—. Ese nubarrón está convirtiendo esto en una boca de lobo.

—Es mejor así —dijo Walter a su lado—. Después que pase, el escenario quedará iluminado un buen rato. Aprovecharemos este momento para arrastrarnos. Usted y Jed la Turne harán las serpientes por la derecha amparándose en los árboles —desenfundó el revólver y comprobó que estaba a punto—. Frank irá conmigo por el otro lado. Nos deslizaremos entre las rocas.

—¿Algo más, señor Niven? —preguntó Bunyan moviéndose del escondrijo.

Walter se dirigió a todos:

—No olvidar que me interesan vivos —advirtió—. Y no hagáis uso del revólver más que en caso necesario.

Luego, juntamente con Frank se separó de los otros dos.

Se acercaron al campamento.

El teniente y Frank treparon por el sector rocoso que caía encima mismo del campamento.

De pronto sonó un disparo de rifle.

El proyectil silbó amenazador por encima de las cabezas de Walter y Frank y se estrelló en una roca a sus espaldas.

—¡Cerdos emplumados! —exclamó Adams en voz baja—. Ya nos han dado las buenas noches.

Niven también soltó una imprecación.

—Esconde la cabeza, Frank —dijo—. Aquí estamos seguros de momento.

Hubo silencio repentino y los dos hombres continuaron callados. Al fin dijo Frank en tono más alto:

—¿Dónde diablos estarán escondidos?

—¡Aquí, precioso! —gritó una voz secundada por un disparo.

Frank asomó el revólver y envió otros dos proyectiles hacia donde habían resplandecido los fogonazos. Los otros no contestaron. Estaban ocultos entre unas peñas situadas a la derecha.

Bunyan y Jed la Turne debieron comprender que en su posición estaban perdiendo el tiempo. Dando un rodeo se acercaron a la parte ocupada por el teniente y su compañero.

En aquel momento el negro nubarrón que ocultaba la luna, pasó adelante y la zona quedó iluminada.

Vieron cuatro fogonazos más que les indicaron la posición en forma de herradura que establecían los del campamento.

—Vamos a salir de la ratonera, Frank —dijo Niven después de apretar el gatillo dos veces.

Frank recargó el cilindro y contestó:

—Nos van a dar trabajo esos tiñosos coyotes, pero te aseguro que si le echo la zarpa a uno lo voy a poner como la pasta.

Niven hizo un gesto a Bunyan y La Turne indicando que les cubrieran las espaldas.

A continuación, dio un salto hacia una roca grande en tanto el plomo enemigo silbaba furiosamente a su alrededor.

Frank lo imitó y una bala le arrancó el sombrero de la cabeza. Extendió una mano y lo recogió colocándoselo de nuevo.

Los dos hombres se deslizaron por detrás de la mole de piedra apareciendo al otro lado.

Walter comunicó a su acompañante:

—Si logramos refugiarnos en la cresta de esa pequeña loma estaremos en igualdad de condiciones.

Saltaron uno tras otro y quedaron agachados.

Niven distinguió en el ala izquierda de los atrincherados a un hombrecillo que hizo fuego, escondiéndose.

La bala repiqueteó en la roca levantando una nubecilla de piedra pulverizada.

Entre tanto, Bunyan y La Turne aparecieron cerca de sus compañeros.

Walter advirtió a los tres.

—Ese renacuajo de la izquierda me lo dejáis a mí. Si lo consigo cazar cantará por todos los demás. A los otros los enviaremos al infierno.

Frank, Bunyan y La Turne sacudieron la cabeza de arriba abajo.

Walter dio la señal de ataque y avanzó refugiándose en los salientes de las rocas.

Los demás le siguieron haciendo vomitar los revólveres.

Bunyan sintió un picotazo de fuego en el antebrazo, pero disparó a su vez contra una silueta agazapada. Se oyó un alarido de muerte.

La Turne oyó el mosconeo de los proyectiles, pero avanzó hacia otro de los apostados al que logró abatir.

Frank Adams se vio sorprendido entre dos fuegos y empezó a dar saltos como una cabra sin dejar de disparar.

El tercero de los confederados abandonó el revólver que resbaló por una roca lisa.

El hombrecillo quedó frente a Niven e hizo tronar el «Colt». Antes de que pudiera apretar el gatillo por segunda vez, una bala de Walter se lo arrancó de la mano desarmándolo.

Pero casi al mismo tiempo un proyectil anónimo le destrozó la cabeza.

Se hizo un silencio y Walter miró a sus hombres.

—¿Quién ha disparado?

Como respuesta a su pregunta sonó a lo lejos un grito de alegría.

Walter y los muchachos vieron a Orpington que salía en el bosque con un rifle entre las manos.

Mientras se aproximaba saltando de peña en peña exclamó:

—¿Qué le parece, señor Walter? Ha sido una diana estupenda.

Frank que tenía los ojos como platos, soltó una exclamación y arrojó rabioso el sombrero contra el suelo.

—¡Cochino estúpido! —graznó—. ¡Ahora sí que la has hecho buena…!

Orpington se quedó parado sobre una roca, con la boca abierta.

—¿Qué diablos pasa? —dijo—. He estado cubriéndoles desde que empezó esto. Creo que he sido muy oportuno ahora.

—Mucho —contestó Niven de mal talante—. Sólo que no oyó que queríamos a ese hombrecito.

El recién llegado parpadeó confuso y se mordió el labio inferior haciendo una mueca compungida.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Por qué he de meter siempre la pata?

Niven comprendió que el muchacho lo sentía de verdad y dando un suspiro se acercó y le palmeó la espalda.

—Olvídelo, Orpington. Usted no puede adivinar las órdenes de su jefe. Ya tendremos más suerte en otra ocasión.

CAPÍTULO VIII

Walter Niven se enjugó el sudor del rostro con un pañuelo y dirigió una mirada a su alrededor. Allá estaban tendidos en tierra sus muchachos, durmiendo bajo la escasa sombra que proporcionaban las rocas.

Un sol implacable caía sobre aquel rincón desolado de la tierra.

Hacía tres días que se habían metido en aquel infierno. Walt eligió el camino porque le pareció el más apto para mantener la vigilancia sobre la fuerte patrulla confederada. Ahora eran las tres de la tarde y los hombres, agotados después de la larga cabalgada, trataban de sacar el máximo partido posible a los quince minutos de descanso que su jefe les había concedido.

Todos ellos habían invertido menos de dos minutos en quedarse dormidos, pero Walt se mantuvo sentado, el ala del sombrero baja, sobre la frente, los nervios en tensión, porque Orpington, O'Hara y Jean Kelly no se habían unido a ellos todavía.

Éste era el punto de reunión. Aquel círculo de rocas denominado en el mapa con el nombre del Pozo del Diablo.

Consultó su reloj. Estaba a punto de agotarse el plazo prudencial que había señalado a los tres rezagados para incorporarse al grupo.

Subió a la roca más cercana y echó mano al catalejo. Fue haciéndolo girar lentamente, observando los cuatro puntos cardinales, pero no halló rastro de los jinetes.

Apretó fuertemente el catalejo con las dos manos y soltó un grito.

—¡Cárter!

El sargento pegó un salto como si acabase de ser mordido por un escorpión.

—¡A la orden, teniente! —retrucó de pie llevándose la mano a la sien.

—¡Infiernos! —exclamó Niven—. Le he dicho que olvide la graduación. ¿Es que no tiene en cuenta que hemos establecido contacto con nuestro objetivo?

—Sí, señor. Perdone, señor.

—Se hará cargo usted del mando. ¡Burke! ¡Adams!…

Ni Burke ni Adams dieron señales de vida. Entonces Niven se dirigió nuevamente a Cárter.

—Tiene mi autorización para despertar a su manera a ese par de gandules.

—Le quedo muy obligado —repuso el sargento relamiéndose los labios con la lengua.

Inmediatamente se acercó a Adams y Burke, que estaban durmiendo juntos, los miró amorosamente durante unos segundos y de pronto empezó a repartir patadas entre las posaderas de ambos.

—¡Arriba, muchachos! —gritaba al mismo tiempo—. ¡Ha llegado la madrina del batallón!… ¡Os tenéis que poner guapos!

—¡Ruth! —gritó Burke poniéndose de rodillas—. ¡Está aquí Ruth!

Empezó a restregarse los ojos.

Adams se puso en pie, encorvado, y miró hacia delante con los ojos cegados por el sol. Vio difusamente frente a él una roca de grandes curvas.

—¡Es ella! —exclamó señalándola jadeante—. ¡Infiernos, si ha engordado cuatro kilos lo menos! ¡Como a mí me gustan!

Cárter se rascó la nuca y miró al teniente.

—Están peor de lo que yo creía, señor Niven.

—¡Ruth! —gritó Adams y empezó a correr con los brazos abiertos hacia la roca. Echóse sobre ella y se golpeó fuertemente la mandíbula contra la dura piedra. Resbaló, se puso bizco y soltó un ronquido.

Cárter se cogía la rellena tripa muriéndose de risa.

Jay Burke se dio cuenta del engaño de que habían sido objeto y apretó los puños dando un paso hacia el sargento con cara hosca.

—¡Jay! ¡Adams! —exclamó Niven.

Los dos soldados se volvieron hacia el oficial, Adams todavía semiinconsciente.

—¡A la orden, señor Niven! —dijeron al unísono.

—¡A los caballos!… Orpington,
O’Hara
y Jean se han retrasado. Hemos de buscarlos.

Burke y Adams hicieron movimientos afirmativos con la cabeza y se encaminaron hacia el lugar donde estaban sus sillas.

Adams se tocó la mandíbula dirigiendo una aviesa mirada a Cárter.

Niven habló al sargento.

—Si dentro de dos horas no hemos regresado, levante el campamento. Significará que nosotros hemos caído. Han de alcanzar mañana el punto K, sacó un sobre cerrado del bolsillo del pantalón y se lo alargó. Aquí tiene las instrucciones. Ábralo en el punto K… Que Dios les acompañe.

Minutos más tarde Walt, Adams y Burke emprendían una galopada en dirección oeste.

Cruzaron una llanura roja salpicada de cactus y luego se internaron por un pedregoso desfiladero.

De pronto Niven tiró de las riendas del caballo y sus amigos le imitaron.

—¿Qué pasa, Walt? —preguntó Burke.

El teniente retrocedió unas yardas y saltó de la silla al suelo. Agachóse y cuando se levantó mostró en la mano una pequeña bolsa de cuero.

—Apuesto a que esto pertenece a alguno de los nuestros.

Burke y Adams se acercaron a él.

—La conozco como si fuese mía —dijo Burke—. Es la tabaquera de Orpington.

Los tres, silenciosamente, buscaron otras huellas por los alrededores, pero no las encontraron.

—Un caballo puede pasar por aquí sin dejar una sola huella —explicó Walter mirando a sus compañeros—. Está clara una cosa, Orpington la ha dejado caer intencionadamente.

—¡Infiernos!… —Adams tragó saliva—. ¿Quieres decir que los han hecho prisioneros?

—Apuesto mi paga de seis meses a que sí —asintió Walt sacudiendo la cabeza—. Y la muchacha está entre ellos.

—Propongo que volvamos a por Cárter y los demás —dijo Burke

—. Entre todos les daremos una lección.

—No, Jay. Eso no se puede hacer —retrucó Walt—. La misión tiene que cumplirse caiga quien caiga. Todos sabíamos a lo que nos exponíamos cuando salimos del fuerte. Estamos en guerra.

—¿Pero qué diablos…? —rezongó Adams—. ¿Cuál es nuestra maldita misión? ¡Si ni siquiera lo sabemos!… ¡Estamos pisando los talones a esos malditos confederados y todavía no les hemos metido mano!

—El golpe de tu querida Ruth te hace desviar amigo —dijo Walt —. Nuestro trabajo consiste en descubrir las intenciones de esos sudistas. Si tratamos de plantear el combate cara a cara nos arriesgaríamos estúpidamente. Por lo visto olvidáis que solamente somos once —se rascó la nariz—. Si esa condenada muchacha no estuviese con ellos, os aseguro que, con mucho dolor de mi corazón, tendría que dejar a Orpington y O'Hara correr su suerte. Si fueron sorprendidos quiere decir que no vahan para ese servicio, pero la chica hace cambiar la cosa. Debemos intentar salvarla… ¡Vamos allá!

—¿Qué dirección seguimos? —preguntó Jay.

—No han podido salir por la llanura. Los tendríamos que haber visto. Han continuado hacia arriba, sin lugar a dudas.

Espolearon sus cabalgaduras y éstas partieron como flechas siguiendo un lecho de guijarros.

Tres millas más arriba encontraron una tapa de reloj refulgente como un espejo que Burke identificó como perteneciente a O'Hara.

De esa forma supieron ya sin vacilar que se encontraban en el buen camino.

Avanzaron rápidamente durante otros quince minutos y, cuando estaban a punto de salir del desfiladero, un grito que rasgó el aire los electrizó.

Tiraron de las bridas, inmovilizando las cabalgaduras.

—¡Infiernos! —dijo Adams entre dientes—. Juraría que ése es Orpington.

Walt examinó el terreno hacia la izquierda. La empinada ladera estaba remontada en la cúspide por una larga hilera de rocas.

—Se encuentran a la otra parte. Bien, muchachos dejaremos

aquí los caballos. Apuesto a que esos condenados sudistas se están divirtiendo bien con nuestros amigos.

Saltaron de las sillas y emprendieron la ascensión poniendo extremo cuidado en no provocar un alud.

Cuando estaban a punto de llegar a la cumbre, Walter hizo señal a sus amigos para que se quedasen donde estaban. Y él continuó solo.

Trepó por entre dos rocas y asomó poco a poco la cabeza a la otra parte.

La escena que contempló le heló la sangre.

Los capturadores de Orpington, O'Hara y Jean eran seis.

La joven se hallaba sentada en el suelo con las manos atadas a la espalda. Pero el peor turno les había tocado por ahora a Orpington y a O'Hara. Ambos se hallaban tendidos, fuertemente atados con los pies desnudos. A una yarda de ellos había una hoguera y un hombre mostraba en la mano un hierro candente.

El pie derecho de Orpington estaba ennegrecido.

El resto de los sudistas contemplaban sonrientes a sus víctimas.

—Hazle otra caricia, Jimmy —dijo uno de ellos.

El que tenía el hierro en la mano sacudió la cabeza.

—Sí, muchacho. Le voy a arreglar ahora el otro pie —hizo una pausa dando un paso hacia Orpington—. ¡Vamos, cochino yanqui! Suelta de una vez, qué es lo que os proponéis. ¿Dónde están los demás?

Orpington lo miró fijamente y de pronto soltó un salivazo que fue a golpear justamente en la cara del llamado Jimmy.

Éste soltó un grito de rabia y retrocedió limpiándose la cara con el antebrazo. Luego hizo una mueca infrahumana.

—¡Maldito bastardo!… Te la has ganado bien. Te voy a convertir los dos pies en una pura llaga. No voy a matarte, perro. Será mucho más divertido otra cosa. Te dejaré ciego y quedarás en libertad —soltó una gran carcajada y sus compañeros lo corearon.

—Oiga, jefe —dijo uno de los hombres que estaba al lado de Jean—. ¿No le parece que eso puede quedar para después? Quizá

alguno de ellos se anime a hablar si les ofrecemos antes un buen espectáculo… —Dirigió una mirada a la chica—. Ya me entiende.

Jimmy observó a Jean con los ojos entrecerrados y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Bueno, después de todo, el hierro se ha enfriado.

Dejó descansar la barra en la hoguera. Arrojó al suelo el trapo con que se había ayudado para mantener sujeto el hierro y se enderezó.

Era corpulento, de fuerte constitución, cejas espesas nariz achatada y labios sensuales.

Dio un paso hacia Jean y luego otro. Puso los brazos en jarras.

—¿Qué dices tú, nena?… Apuesto a que eres más inteligente que ellos.

Jean le sonrió.

—Claro que sí lo soy.

—Lo suponía —Jimmy se acercó más a ella animado por las palabras que acababa de escuchar—. Tú nos vas a decir lo que nosotros necesitamos saber y harás el gran negocio, muchacha.

Orpington y
O’Hara
habían doblado la cabeza mirando a Jean.

—¡No lo hagas, Jean! —gritó Orpington.

Uno de los hombres que tenía cerca le pegó un patadón en la boca y Orpington lanzó un grito y cayó hacia atrás, arrojando un chorro de sangre.

Jean acentuó la sonrisa de sus labios.

—Acérquese, jefe —le dijo a Jimmy—. Se lo diré al oído.

Jimmy torció los labios jactanciosamente y empezó a agacharse acercando su cara a la de Jean.

De pronto ésta le propinó un terrible patadón en los riñones.

Jimmy lanzó un ahogado grito de dolor y se derrumbó pegando vueltas en el suelo, cogiéndose el costado izquierdo con las dos manos.

Orpington y
O’Hara,
a pesar del castigo que habían recibido empezaron a reír con todas sus fuerzas mientras Jean dejaba oír su altisonante voz.

—¡Condenada pandilla de puercos…! ¡Si os cogiese uno a uno

ibais a saber como las gasto yo!… ¡Sólo tenéis de hombre la fachada!

Uno de los centinelas le golpeó la cara con el dorso de la mano.

—Calla, muchacha —gritó.

Pero Jean adelantó la boca para morderle en la pantorrilla y el otro tuvo que pegar un salto.

Jimmy se levantó echando espumarajos por la boca.

—¡Condenada traidora! ¡Te lo voy a hacer pagar caro!… Y eso va a ser ahora mismo —dirigió una mirada circular a sus hombres —. Hace tiempo que no veíamos a una mujer, ¿verdad chicos?

—Mucho tiempo —contestó una voz cavernosa que salió de la boca de un individuo rechoncho, barba crecida y ojos que brillaban fijos en el cuerpo de Jean—. Demasiado, diría yo.

—Bien; creo que ha llegado el momento de que terminemos el ayuno, muchacho.

Las pupilas de Jean relampaguearon.

—¡Atrévase cualquiera de ustedes a ponerme la mano encima y le aseguro que no lo contará!

—¿De veras, muchacha? ¿Qué es lo que vas a hacer? Anda, dilo… No, nena. Te vas a conformar con tu suerte porque yo soy el que decide por todos. ¿Lo vas entendiendo?

Jean no dijo nada ahora. Su pecho subía y bajaba al compás de una agitada respiración.

Jimmy se frotó las manos mientras decía, convertidos los ojos en dos rendijas:

—Seguro que vas a perder esos resabios, muchacha… Cuando hayamos terminado contigo serás una chica dócil.

De pronto se oyó un bostezo. Ninguno de los que estaban abajo lo habían emitido.

Todos volvieron la cabeza hacia el lugar de donde procedía.

Jean Kelly estuvo a punto de lanzar un grito de asombro. El teniente Walt Niven se encontraba tendido en una roca en lo alto, apoyada la cabeza en la mano como si estuviese gozando de un día primaveral.

Y ahora oyó su voz que se dirigía al jefe de aquellos hombres:

—¿Me permite una objeción a su plan, Jimmy?

Los sudistas quedaron perplejos no queriendo dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Eh, usted! —retrucó Jimmy—. ¿Qué infiernos hace ahí arriba?

—Estoy de paso hacia San Francisco de California, pero oí sus voces y me acerqué.

—¡Baje de ahí inmediatamente si no quiere que le convierta en un saco de plomo!

Walter se enderezó frotándose las manos contra las perneras del pantalón e inició el descenso mientras decía:

—Es usted un tipo impulsivo, Jimmy… ¿Por qué siempre ha de estar de gresca?

El otro lo dejó llegar cerca de él y preguntó:

—¿A qué dase de objeción se refiere?

Walter se tocó la mejilla con el dorso de la mano mientras observaba a Orpington,
O’Hara
y Jean.

—Creo que no está ni pizca de bien todo esto que hacen ustedes. Han achicharrado el pie de un hombre y, por lo que he oído, le preparaban un destino bastante feo a la muchacha.

Jimmy midió de pies a cabeza al joven que tenía ante sí examinándole el revólver, la funda muy baja junto a su cadera derecha. De pronto se echó a reír.

—¿Lo habéis oído, muchachos? Al señor no le agrada lo que hemos decidido hacer con nuestros prisioneros.

Los otros cinco sudistas rompieron en carcajadas.

—No, no me agrada —ratificó Walt—. Pasé hace ocho días por Calver City y allí pude leer las normas con que se han de tratar a los prisioneros de guerra —el teniente adoptó una expresión ingenua—. Estoy seguro de recordar entre ellas que está prohibido el tormento y que jamás, en ninguna circunstancia, los contendientes podrán hacer prisioneros a una mujer. Estaba firmado por Lincoln y Jefferson.

Jimmy puso otra vez los brazos en jarras.

—Buena noticia, ¿eh, muchachos? —dejó que sus compañeros riesen otra vez—. No podemos dar tormento a los hombres ni hacer prisioneras a las mujeres. Hubo un silencio. Jimmy entrecerró los ojos.

—¿Cuál es su nombre?

—Walter Niven, para los amigos, Walt.

—Pues escuche, Niven. Es usted el pedazo de idiota más grande que he visto en todos los días de mi vida. Y la ha hecho usted buena viniendo aquí… Se ha entrometido donde no le llamaban y ahora tendrá que apechugar con las consecuencias.

—¿Quiere decir que seguirán quemando pies y van a hacer con la chica lo que se proponían?

—Algo más que eso. Lo vamos a ultimar a usted.

CAPÍTULO IX

Walt Niven hizo una mueca de perplejidad.

—¿Matarme a mí? ¿Por qué?

—Porque un tipo que sabe tanto sobre el trato a los prisioneros sería un peligro para nosotros dejarlo vivo —Jimmy se pellizcó la barbilla mirando atentamente el rostro de su interlocutor—. ¿Sabe una cosa, Niven? Empiezo a dudar que su cerebro funcione debidamente.

Walt dio un suspiro.

—¿No tiene arreglo la cosa, Jimmy?

—Únicamente lo que le acabo de decir.

—No podrá hacer nada de eso.

—¿No? —Jimmy sonrió aviesamente—. Dígame ahora que usted lo va a impedir con su pistolita.

Las carcajadas atronaron la atmósfera. Luego sobrevino un silencio y Jimmy miró ceñudo a Walt.

—Ya nos ha hecho perder demasiado tiempo. Y ahora lo va a pagar.

Niven meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, Jimmy. No va a ocurrir nada de lo que usted ha preparado. Le voy a estropear el espectáculo.

—¿Qué está diciendo? ¡A usted le ha pegado el sol por estos andurriales y habla sin sentido!

—Escuche y saque las conclusiones —retrucó Walter—. Están rodeados, Jimmy. Si intentan sacar un revólver morderán el polvo. Treinta hombres están escondidos tras esas rocas, listos para hacer fuego contra ustedes. Echen una ojeada y lo sabrán.

El primer impulso de los sudistas fue llevar la mano a la funda.

—¡Quietos! —ordenó Jimmy con voz seca. Luego él mismo y sus

compañeros miraron hacia el lugar de donde había descendido aquel supuesto viajero de paso para San Francisco.

Junto a una roca asomaba un revólver, un poco más allá se veía el ala de un sombrero, luego la cabeza de un hombre de rostro atezado y ojos brillantes que sonreía mostrando en su diestra un «Colt». A dos yardas de él la copa de otro sombrero, más a la derecha un tercer revólver y por último, sentado sobre una piedra, un hombre que ponía saliva en el cañón del arma que empuñaba con la zurda.

Walter dejó oír otra vez su voz:

—¡Tienen tres segundos para levantar los brazos, bien altos, Jimmy!

El rechoncho que había mirado a Jean con ojos libidinosos movió rápidamente su mano hacia su pistola. Walter estaba atento y desenfundó como una centella su revólver e hizo fuego.

El exaltado sudista lanzó un grito, se miró el agujero que acababa de aparecer en su pecho, emitió un gemido y se desplomó de bruces en el suelo.

—¿Tienen alguna duda sobre cuál sería su inminente final, caballeros? —preguntó Walter.

Jimmy dio el ejemplo levantando los brazos y sus seguidores lo imitaron.

—Bajen, muchachos y liberten a los prisioneros —ordenó Walt.

Burke y Adams descendieron por la ladera contoneándose.

Adams se detuvo un momento y volvió la cabeza hacia los sombreros y revólveres que permanecían inmóviles.

—Esperen ahí muchachos. Podemos necesitarlos.

Burke se ocupó de libertar a Jean,
O’Hara
y Orpington, mientras Adams desarmaba a los sudistas.

Orpington trató de incorporarse, pero lanzó un grito al apoyar el pie quemado en el suelo y se dejó caer lanzando un aullido de dolor.

Jean se enderezó moviendo los brazos para restablecer la circulación de la sangre. Sus ojos se encontraron con los de Walter, pero en Seguida ella bajó la mirada al suelo.
O’Hara
corrió donde estaba la hoguera y cogió la barra de hierro

ayudándose con el trapo.

La esgrimió en el aire con el rostro enrojecido y caminó hacia los sudistas.

—¡Malditos asesinos! ¡Ahora nos toca a nosotros!

—¡Quieto,
O'Hara!
—dijo Walter—. Las normas sobre el trato a los prisioneros que mencioné antes son completamente ciertas… Aunque supongo que, desgraciadamente, serán olvidadas por muchos…

Jimmy miró a Niven y gritó:

—¿Quiere decir de una vez a los hombres que tiene allí arriba que dejen de apuntarnos…? Cualquiera de ellos puede interpretar mal un movimiento nuestro y hacer fuego.

Walt le miró a la cara y repuso:

—Pierda cuidado, Jimmy. Eso no puede ocurrir… Ahí arriba no hay nadie. Absolutamente nadie.

Jimmy y les demás sudistas agrandaron Sus ojos.

—¡Maldito sea! —exclamó Jimmy—. Nos ha engañado… ¡Fue una treta!

Adams volvió a poner saliva en el cañón de su revólver.

—Sí, muchachos. Fue una treta. Pero si alguno de vosotros no está conforme que lo diga. Tengo ganas de darle gusto al gatillo.

Walter dio unos pasos alrededor de la hoguera y finalmente se detuvo mirando a Jimmy.

—Corríjame si me equivoco, Jimmy. Usted es el jefe de la pandilla.

—Soy el capitán James Forrester, del Tercer Escuadrón de Caballería de Virginia.

—¿No le parece a usted que está muy lejos de su base, capitán Forrester?

—En la guerra no hay distancias. ¿Con qué cerdo yanqui hablo?

Burke fue a lanzarse contra Jimmy, pero Walter lo detuvo haciendo un movimiento con la mano. Luego Niven repuso:

—Teniente Walter Niven —hizo una pausa—. Suponiendo que usted realmente se llame James Forrester, es tan capitán como yo soy chino. No, amigo Forrester, ni usted ostenta graduación alguna en el ejército ni sus hombres son siquiera soldados. El ejército sudista también conoce lo que es la disciplina militar y ustedes no

tienen la menor idea de ella. Basta oírles hablar para llegar a esa conclusión. Ustedes proceden exactamente igual que una pandilla de forajidos.

Forrester compuso una sardónica mueca.

—Se pasa usted de listo, teniente. Confieso que se las ha arreglado bien para tomarnos el pelo, pero ahora no hace más que decir tonterías.

—Ustedes se dirigen al Norte con un fin premeditado. Van a realizar algún trabajo por cuenta de los sudistas.

—Le repito que formo parte del Tercer Escuadrón de Caballería de Virginia, que ostento la graduación de capitán y que por lo tanto usted deberá respetar las normas respecto a los prisioneros de que habló antes.

Jay Burke lanzó un salivazo al suelo y exclamó:

—¿Qué normas, ni qué niño muerto…? ¡Voy a hacerme unos guantes con su piel, capitán!

Walter le dirigió una mirada para que callase y se enfrentó otra vez con Forrester:

—Le propongo un pacto, capitán.

Forrester empezó a sonreír y después de dirigir una mirada a sus muchachos preguntó:

—¿Qué clase de pacto, teniente?

—Usted me dice cuál es su misión y yo le dejo en libertad.

—¿Va a hacer eso?

—Tienen mi palabra —asintió Niven.

—Está bien, teniente —Forrester se frotó la crecida barba—. Vamos a atacar el fuerte Hunter.

—¿El fuerte Hunter? —repitió Walter con los ojos entrecerrados —. ¿Qué infiernos tiene que ver el fuerte Hunter con los resultados de la guerra?

Forrester sonrió.

—No parece demostrar mucha inteligencia en esta ocasión, teniente. Si nosotros conseguimos apoderarnos del fuerte Hunter, tendremos a nuestro lado a los indios cheyennes, a los kiowa… y cuando hayamos conseguido su adhesión, bajaremos por el rió Big Sandy para entrar en Kansas.

—¡Infiernos, Walter! —exclamó Adams—. Eso es importante.

—No me convence —contestó Niven—. Si el mando sudista

hubiese pensado en semejante pían, habría dispuesto un par de centenares de hombres para esa misión, Son los que necesitarían para atacar fuerte Hunter con alguna probabilidad de éxito.

—¡Ha de mantener su palabra! —gritó Forrester—. Ya le he dicho cuál es nuestro propósito. Ahora déjenos en libertad. Usted tiene una oportunidad, teniente, la de impedirnos que llevemos a cabo nuestro trabajo. Nosotros también trataremos de cumplir las órdenes que recibimos. Será una lucha leal. ¿No responde eso a sus sentimientos acerca de lo que debe ser la guerra?

Walter se rascó una ceja con el cañón del revólver sin apartar la mirada del rostro del supuesto capitán sudista.

—No puedo concederle el menor crédito, Forrester. Usted ha cantado demasiado aprisa. Existen cosas que no se aprenden en la academia de West Point. Una de ellas es el conocimiento de las personas. Le repito que ustedes no van a hacer nada contra el fuerte Hunter. Si fuese así, no estarían por estos contornos. Habrían seguido la ruta del río Arkansas para dirigirse luego a Kit Carson… Tenían que haberse desviado de camino hace tres días, pero han seguido hacia el Norte.

Forrester desencajó las mandíbulas en un gesto iracundo.

—¡Trata de engañarnos otra vez, teniente…! ¡Le he dicho la verdad! Vacíe el cilindro de nuestras pistolas y deje que las enfundemos. Nos marcharemos sin disparar un solo tiro contra ustedes.

Walter se quedó pensativo.

De pronto se oyó la voz alegre de O'Hara.

—¡Eh, muchachos! ¡Miren qué bonito me he puesto!

Estaba cerca de los caballos de los sudistas con los brazos extendidos y cubría su cuerpo con un arrugado uniforme de soldado yanqui.

Adams soltó una carcajada.

—¡Infiernos! ¡Te viene bien, O'Hara!

Walter se quedó asombrado mirando a su subordinado.

—¿De dónde has sacado eso, O'Hara?

—Estaba envuelto con una manta, en uno de los caballos de

estos tipos.

—¡Rápido,
O’Hara…!
¡Examina los demás caballos!

Forrester dio un paso hacia Walter.

—¡No puede hacer eso…! ¡Se ha olvidado de mencionar que entre las normas acordadas por Jefferson y Lincoln está la prohibición del pillaje!

Walter le sonrió irónicamente.

—Parece ser que de pronto ha recobrado la memoria, ¿eh, Forrester?

—¡Aquí hay otro traje de soldado! —anunció
O’Hara.
Apuesto a que éste le viene bien a Adams… ¡Demonios! ¡Y aquí otro que le sentará como un guante a Burke!

Walter miró el rostro pálido de Forrester.

—Sigue buscando,
O’Hara
pero hazlo un poco más aprisa.

—¡Hasta usted tiene aquí un uniforme, señor Niven, pero tiene la graduación de capitán!

—Sí y apuesto a que pertenece a nuestro querido amigo Forrester, del Tercer Escuadrón de Caballería de Virginia.

Forrester respiró fatigosamente y dijo:

—Acaba usted de descubrir la forma en que Íbamos a atacar el fuerte Hunter. Teníamos la intención de ponernos esos uniformes para simular que éramos un grupo enviado por el alto mando. Así los hubiésemos cogido por sorpresa.

—¿Quiere que me ría, Forrester? Los hombres que hay en el fuerte Hunter no habrían caído en esta trampa tan absurda. Allí cuentan con una estupenda estación telegráfica y con un buen servicio de correo. Cuando se les envían refuerzos, son previamente avisados por cualquiera de esos medios.

De repente sonó un estampido y seguidamente la voz de Adams anunció:

—¡Por todos los cuerpos de Texas, señor Niven…! ¡Veo a lo lejos un ejército de hombres que viene hacia acá…! ¡Y son lo menos veinte…! ¡Nos han descubierto! Walter dio las órdenes aprisa.

—¡Señorita Kelly, monte enseguida en su caballo!
¡O'Hara
y Adams se encargarán de Orpington…! ¡A la silla, rápidos…! ¡Burke, recoge los revólveres de estos sujetos y arrójalos a la otra parte de la ladera!

En menos de sesenta segundos todas las órdenes fueron ejecutadas. Entonces Walter hizo una señal a los que estaban sobre las sillas diciendo:

—¡A la otra parte del desfiladero…! ¡Rápidos…!

—¿Y usted y Burke? —preguntó Jean.

—No se preocupe. Les seguiremos enseguida. Obedezcan.

Orpington se mordió el labio inferior sobre la silla, porque intentó poner los pies desnudos en la espuela y no pudo soportar el roce de la carne abrasada con el acero.

En pocos instantes quedaron a solas Walter Niven y Jay Burke, frente a Forrester, y a los otros sudistas.

—¡Atrás, Jay! —ordenó Walter.

Se pusieron a andar.

Los cinco hombres empezaron a mostrar el temor en el rostro.

—¿Qué es lo que van a hacer, teniente? —exclamó Forrester—. ¡No pueden matarnos…! ¡Sería un asesino!

Ni Walter ni Jay dieron una respuesta. Siguieron ascendiendo y cuando llegaron al borde de la ladera, mientras Burke recogía los sombreros y los revólveres que habían utilizado en la estratagema, Walter dijo:

—Es en eso en lo único que tiene razón, Forrester. No soy de los que matan a sangre fría, pero será su última oportunidad. Ahora ya nos conocemos. La próxima vez no será posible ninguna treta por cualquiera de las partes… Cuando volvamos a enfrentamos, tire a matar si puede.

Se oyeron algunos estampidos y las balas rebotaron en las piedras, cerca de donde se encontraban Jay Burke Y Walter.

—¡Muchacho! —gritó Jay—. No me gusta esta clase de fiesta.

—¡A los caballos! —repuso, Walter.

Descendieron ladera abajo y luego dieron un salto y cayeron sobre las sillas.

Vieron a lo lejos, por el desfiladero, a sus amigos y emprendieron una rápida galopada tras ellos. Poco después,

mientras cruzaban la llanura Roja, Walter se puso al frente del grupo. No los condujo hacia el lugar en donde se habían separado de Cárter y los demás muchachos. No le interesaba.

Se internaron en el desierto en la seguridad de que Forrester y su pandilla no irían tras ellos. Walter ya tenía sus propias ideas respecto a las intenciones de aquel grupo irregular confederado.

CAPÍTULO X

Walt Niven quedó sobrecogido en lo alto de la montaña, sobre la silla, observando el punto K, el pequeño valle de Rock River.

Vio tres cuerpos tendidos en tierra y por las actitudes trágicas que adoptaban era evidente que estaban muertos. ¡Y eran tres de sus muchachos!

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

Espoleó su cabalgadura y ésta descendió como una exhalación.

Saltó de la silla al tiempo que tiraba de las bridas, y detúvose ante los cuerpos inmóviles.

Vio a Jed La Turne, a Luke y a Francis Stewart. El que menos, mostraba cinco agujeros en el cuerpo. Crispó los puños y mordióse el labio con fuerza hasta que sintió que sus incisivos se clavaban en su carne.

Oyó a sus espaldas la exclamación rabiosa que soltaba Jay Burke.

—¡Malditos puercos! ¡Los han matado…! ¡Han matado a nuestros amigos!

Adams dio unos pasos examinando con ojos desorbitados los cadáveres.

—¡Santo cielo! ¡Y nosotros los dejamos vivos! —Su voz alcanzó una tonalidad más fuerte—. ¡Dejamos con vida a aquella pandilla de perros rabiosos y ahora ellos nos enseñan cómo trabajan!

—¡Bajadme de aquí! —pidió Orpington— ¡No puedo más!

Hacía tres días que le habían quemado el pie. Se lo vendaron en cuanto hicieron el primer descanso en el desierto; pero la herida debía haberse infectado, porque su pierna, durante las últimas cuarenta y ocho horas, se había hinchado poco a poco.

Jean bajó rápidamente de la silla y con la ayuda de

O’Hara
dejaron en tierra a Orpington.

—Un poco de agua —murmuró el herido—. Me estoy abrasando.

De pronto se oyó ruido tras unas piedras y automáticamente, Walter, Burke y Adams desenfundaron los revólveres.

Vieron aparecer al sargento Cárter, a Bingo Chay y a Bunyan. Traían los caballos de las bridas.

Los tres se detuvieron frente al teniente.

Hubo un largo silencio y Niven miró a Cárter con ojos llameantes de ira.

—¿Qué ha pasado, Cárter?

—Cuando nosotros llegamos aquí, ya estaban muertos. Nos escondimos para el caso de que los sudistas volviesen.

—¡Muy bien, Cárter! Explíqueme una cosa. ¿Por qué no es usted uno de los muertos? ¡Sabe perfectamente que usted debía de llegar antes que nadie al punto K! Ellos debían unirse después.

El sargento se miró la punta de las botas.

—Lo siento, teniente. Nos retrasamos un poco.

—Se retrasaron un poco —sacudió la cabeza Walter—. ¡Y usted es el que les pretendía enseñar disciplina!

Bingo Chay hizo una mueca.

—¿Qué se habría adelantado, teniente? Si hubiésemos llegado antes, en lugar de tres cadáveres habrían seis. ¿A quién se le ocurrió semejante idea? Ellos son cincuenta y nosotros un puñado de pobres infelices… ¿Qué es lo que tratamos de evitar? ¡Nos irán liquidando uno a uno, o por parejas, pero todos terminaremos lo mismo que estos muchachos!

—¡Cállese, Bingo! —gritó el teniente fuera de sí— ¿O es que no recuerda que se presentó voluntario para esta misión…? ¡Nadie lo obligó…! ¡Ustedes ya son mayorcitos! Estaban en el fuerte Prescott quejándose de su monótona vida militar, haciendo una trastada tras otra, porque se encontraban nerviosos. Se quejaban de su suerte. Ustedes querían sentir el olor de la pólvora. Se les dijo que se trataba de una misión peligrosa y ustedes dieron un paso al frente… Los que han muerto también… Es posible que esa gentuza crea que nosotros, al ver los cadáveres de nuestros compañeros, decidiremos retroceder… ¡Pelo están completamente equivocados…! ¡Vamos a seguir adelante!

Bingo Chay arrugó la nariz señalando a Orpington.

—¿Y ése? ¿Qué vamos a hacer con él?

—¡No tendrá más remedio que aguantar!

—¡Usted no sabe lo que dice! —exclamó Jean Kelly—. ¡Este hombre está muy mal! Necesita que lo vea un médico inmediatamente… Nos hallamos cerca de Watson… Podemos estar allí mañana al mediodía.

—¡No podemos ir a Watson…! —retrucó Walt.

Jean se levantó furiosa, con el pecho embravecido por la ira.

—¿Quién dice que no podemos ir? ¿Qué supone eso para usted, teniente…? ¡Es la vida de uno de sus hombres contra el retraso de algunas horas!

—No es posible que perdamos un solo minuto, señorita Kelly… No se trata de la vida de Orpington contra el retraso de unas horas. ¡Es la vida de Orpington contra la de muchos miles de hombres!

—¡No le comprendo una palabra…! ¿O acaso ha llegado a pensar que lo que usted puede hacer en este lejano rincón de nuestro país va a afectar a la guerra?

—Ha acertado usted, Jean. Lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer va a tener una importancia esencial para que la guerra termine pronto o se alargue unos cuantos años más.

—Usted delira, teniente. Confieso que conoce su oficio, que sabe arreglárselas bien en situaciones apuradas, pero me temo que eso lo ha engreído demasiado… Baje de la nube… Los hombres que han matado a Jed La Turne, a Luke y a Francis no son más que una pandilla de desalmados que están haciendo una guerra por su cuenta. Naturalmente, a los sudistas les conviene eso. Usted sabe tan bien como yo que en Kansas está Quantrell con otra pandilla de forajidos saqueando y matando… Apuesto a que ese llamado Forrester lo único que pretende es hacerle la competencia a Quantrell.

Walter sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, Jean. Forrester y sus compinches persiguen un objetivo distinto, determinado, concreto.

La joven puso los brazos en jarras.

—Si tanto sabe, supongo que estará en condiciones de comunicárnoslo. ¿Cuál es ese objetivo?

—Que Inglaterra entre en guerra a favor del Sur.

El rostro de Jean denotó asombro, igual ocurrió con los hombres que lo rodeaban.

—¿Quiere decir que esos desharrapados aspiran a que los ingleses nos declaren la guerra…? —insistió la joven—. Ahora sí que está usted loco, teniente. ¡Nos hallamos a miles de millas de Inglaterra, en uno de los lugares más desolados de la tierra! ¡Jamás he oído mayor barbaridad!

Walt metió la mano en el bolsillo y sacó un mapa que con un movimiento rápido extendió sobre el suelo, al tiempo que apoyaba en él una rodilla.

—Sí, señorita Kelly —dijo—. Nos encontramos a miles de millas de Inglaterra, pero conforme pasan los días nos vamos acercando al Canadá… ¿Y qué es después de todo el Canadá, sino una colonia inglesa?

Hubo un profundo silencio.

—No se detenga por nosotros, teniente —dijo Jean—. Dé rienda suelta a su fantasía.

Por unos instantes de los ojos de Walter brotaron unos chispazos de ira. Luego inspiró profundamente y explicó:

—Es imposible, en el punto que nos encontramos, que esos sudistas pretendan apoderarse de cualquiera de nuestras posiciones. Hemos dejado atrás las tierras Cheyenne y Kiowa. Más al norte sólo existen las aldeas de Whitney y Watson —Walter señaló en el mapa con el dedo la posición de cada una de ellas—. Suponiendo que esos hombres se dirigiesen contra cualquiera de esos pueblos, ¿qué trascendencia podría tener su ocupación? Desde el punto de vista estratégico sería una auténtica calamidad. No les serviría de nada, absolutamente de nada. Hablemos con lógica. ¿Cómo es posible que cincuenta hombres se lancen a una cabalgada de cuatro semanas para conseguir tan pobre objetivo? ¡No puede caber en ninguna cabeza! Es completamente absurdo.

Dejó correr unos segundos, dándose cuenta de que todos, incluso Orpington, lo estaba escuchando con interés.

—Y después de Watson sólo está el Canadá. Realmente O'Hara me ayudó bastante en mi hipótesis al descubrir los uniformes en nuestro ejército en las sillas de esos forajidos. Cada uno de ellos lleva un uniforme. Naturalmente persiguen un fin… Cuando lleguen

al límite con el Canadá pondrán en práctica su plan. Unos cuantos de ellos se vestirán como soldados sudistas y se internarán en territorio canadiense simulando que son atacados por treinta o cuarenta yanquis. Los sudistas se refugiarán en un pueblo y, entonces los supuestos yanquis arrasarán ese pueblo matando e incendiando. Dejarán centenares de testigos dispuestos a jurar sobre la Biblia que los soldados yanquis han destruido sus hogares, han matado a sus padres y hermanos. Es posible que el gobernador del Canadá pretenda comprobar los hechos, pero esto no variará nada. El testimonio sería tan rotundo y tan numeroso que acaso fuese innecesaria esa comprobación. En tal caso, Inglaterra nos declararía la guerra en el término de pocos días, quizá de unas horas.

Hubo otra larga pausa.

—¡Infiernos! —exclamó Jay Burke—. A mí me parece sensato eso. ¿Para qué han de llevar nuestros uniformes esos truhanes? Seguro que no los querrán para un baile de disfraces.

—Estoy contigo, Walt —dijo Adams.

El teniente miró a Cárter, quien después de aclararse la garganta dijo:

—A mí también me parece razonable, señor Niven.

Bingo Chay se rascó la pelambrera de la barba.

—Quizá sólo hayan echado mano a nuestros uniformes para dedicarse al pillaje en el territorio de Dakota. El aparecer como militares les permitiría hacer fácilmente muchas cosas.

—Usted olvida algo importante, Bingo —repuso Walter—. Está perfectamente comprobado que esos hombres salieron del cuartel general sudista de Alabama. Nuestro Servicio de Información fue preciso a ese respecto y por ello fui destinado a fuerte Prescott.

—Está claro como el agua, muchachos —convino Jay Burke—. El teniente se equivoca rara vez. Adams y yo tuvimos oportunidad de luchar con él en los pantanos de Georgia al comenzar la guerra y ¡Por todos los infiernos! ¡Nos salvó la vida en más de media docena de ocasiones! Todos sabéis que durante los primeros meses estuvimos a punto de perder la guerra. Sólo os puedo decir una cosa. Allá en el Este, los soldados de nuestra compañía se sentían seguros cuando entre ellos se encontraba el que hoy es teniente Niven.

Walt hizo una mueca dando a entender que no le gustaba que

hablasen de él.

—Tengo autoridad suficiente para obligaros a que me acompañéis, pero yo quisiera que esta decisión fuese adoptada por unanimidad. Tenemos que impedir que esos hombres lleven a cabo su plan.

El sargento Cárter soltó un salivazo y dijo:

—Cuente con nosotros.

Walter miró a Orpington.

—¿Qué dice, muchacho? —le preguntó.

—Si no me lleva con usted soy capaz de ir pegando saltos con una sola pata.

Jay Burke soltó una carcajada.

Entonces Walt cogió el mapa y lo devolvió a su bolsillo. Miró a Jean que llevaba varios minutos sin decir una sola palabra.

—En cuanto a usted, señorita Kelly, creo que ha llegado el fin de su viaje. Desde aquí puede seguir hasta la granja de su hermana. Sólo será cuestión de que cabalgue un par de días.

Jean se mordió el labio inferior mirando ceñuda el rostro del teniente.

—¿Me va a dejar marchar sola, señor Niven?

—No creo que le pase nada malo. Usted se tiene que dirigir hacia el Este y nuestros hombres van hacia el Norte.

—¿Y los indios? Ésta es una región salvaje.

—Supongo que si se encuentra con ellos terminarán por dejarla en paz.

Los hombres empezaron a reír y la joven volvió a tornarse furiosa.

—¿Qué quiere decir con eso, gerifalte? —se contestó ella misma —. Que no me quieren siquiera los apaches, ¿eh? Pues, oiga bien esto. ¡Le demostraré que puedo valer por tres de ustedes!

—¿No me diga? ¿De qué forma?

—Yendo con usted.

—Oh, no, muchacha. Usted se va a quedar fuera de esto.

—¡Intente echarme!

Se miraron retadoramente durante un rato y finalmente Walt dijo:

—Está bien, Jean, usted es una testaruda y sé que nos seguirá de cualquier forma. Prefiero que venga con nosotros para mantenerla

vigilada.

—Gracias, teniente —murmuró ella con sorna.

—¡Basta de cháchara! —gritó Walt—. Tenemos que enterrar a los nuestros.

Durante la hora siguiente se dedicaron a dar sepultura a los tres compañeros caídos. Luego, con las tres cruces marcando el lugar del eterno reposo, Walter rezó una oración que fue escuchada respetuosamente por todos.

Walt se ocupó de la pierna de Orpington. Ofrecía mal aspecto, pero, él, tenía experiencia respecto a heridas y sabía, que de momento, Orpington no corría un grave peligro, aun cuando reconocía que el soldado sufriría mucho. Todo consistía en cortar la infección.

Durante más de una hora se dedicó a buscar hierbas que después maceró ante la mirada sorprendida de sus compañeros.

Consiguió un líquido verdoso del que impregnó el pie de Orpington y a continuación lo vendó.

—Gracias, señor Niven —dijo el herido—. Palabra que esto es un descanso.

—Cuando cabalgue deje la pierna a peso muerto —aconsejó Walt—. Si fuerza el muslo, corre peligro de que a su pie no llegue la sangre y eso es lo que tenemos que evitar. Puede estar seguro de que si mantiene libre la circulación, esa pierna empezará a sanar pronto.

El sargento Cárter hacía rato que rumiaba algo por bajo y al fin dejó oír su sonora voz:

—Oiga, señor Niven.

—¿Qué hay, Cárter?

—Estamos todos conformes en impedir que esa chusma consiga llegar al Canadá, pero… ¡Infiernos!, me gustaría saber cómo lo vamos a impedir.

Niven estaba en cuclillas junto a Orpington y dirigió una mirada a su alrededor observando todos los ojos fijos en él, incluidos los de Jean Kelly.

Se frotó la barba y dijo:

—Si he de seros sincero, aún no he pensado en ello. Comprendo que estamos en manifiesta inferioridad y que tendremos que buscar algún truco… Pero no os preocupéis, ya saldrá algo. Lo que importa

ahora es mantenernos cerca de ellos a cualquier precio.

Minutos más tarde el pequeño grupo nordista proseguía su camino.

CAPÍTULO XI

—¡Eh, Walt! —gritó Jay Burke llegando corriendo al campamento —. Acabo de ver un carro. Viene en nuestra dirección.

—¿Cuántos hombres?

—Dos jinetes y una galera.

—¿Alguna probabilidad de que sean los que seguimos?

Burke se rascó el cogote.

—Los dos tipos llevan una barba de medio metro. Los vi bien con el catalejo. Por la dirección que traen, van a pasar por aquí. No tienen más remedio si quieren evitar las arenas movedizas.

—De acuerdo, entonces. Escondeos todos. Nos quedaremos Orpington y yo. Quiero echarles un vistazo. Puede que las barbas sean postizas y que pretendan hacernos una encerrona. Usted también, Jean. Colóquese detrás de las piedras y mantenga las armas preparadas.

Junto a la pequeña hoguera en que ardían las ramas secas de la salvia, sólo quedaron Walt y Orpington.

Poco después se oyó los chirridos de las ruedas del carro anunciado por Burke.

Primero aparecieron los jinetes. Eran efectivamente dos hombres muy barbudos. Detrás avanzaba la galera.

Los viajeros se miraron un instante y detuvieron las cabalgaduras observando a los hombres que estaban al lado del fuego.

El sol se estaba ocultando sobre el desierto lejano.

Niven se puso en pie y sonrió mientras saludaba:

—Buenas tardes, amigos.

Los dos jinetes se observaron otra vez y por fin el que exhibía la barba más larga hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y

ambos avanzaron sobre sus sillas. Pero la galera permaneció donde estaba.

—Buenas tardes —correspondió al saludo el hombre que parecía de mayor edad. Luego observó a Orpington—. ¿Tiene a su amigo herido?

—Sí, se quemó un pie. Nada de importancia, va mejorando.

—Tengo una buena pomada para las quemaduras que le ofreceré. Bastará que la unte un par de veces en la parte lesionada para que cure.

—¿Médico?

—Oh, no. Mi nombre es Abraham Smith. Éste es mi hijo Isaías. Nos dirigimos al territorio de Oregón. ¿Llevamos el mismo camino?

—Me temo que no —contestó Walt—. Nosotros vamos hacia el Canadá. Tuvimos noticias de que los cazadores de castores están haciendo un buen negocio y pensamos que ése era un estupendo lugar para nosotros.

—Parece que ha habido otros hombres que han pensado lo mismo que ustedes.

—¿Sí? —murmuró Walt enarcando las cejas.

—Hace apenas seis horas que nos encontramos con un grupo numeroso de emigrantes.

—¿Como cuántos serian?

—Calculando por lo bajo, cuatro docenas.

—¿Y también ellos van a cazar el castor en Canadá?

—Sí, eso fue lo que dijo el que parecía el jefe de todos.

De pronto la voz de Jay Burke rasgó la atmósfera. Procedía de la parte trasera de la galera:

—¡Infiernos, Walt!… ¿Qué es lo que estoy viendo?… ¡Mujeres…! ¡Mujeres por toneladas…!

Instantáneamente los dos barbudos echaron mano al revólver, pero Walter fue mucho más rápido que ellos.

—¡Quieto, abuelo y usted también, amigo! —dijo con voz seca —. Dejen las manos donde las tienen si no quieren buscarse complicaciones.

El llamado Abraham Smith y su hijo Isaías permanecieron inmóviles, pero sus ojos despedían llamaradas de ira.

Se oyeron chillidos femeninos procedentes del carro y luego Jay Burke lanzó una carcajada.

Adams saltó de una roca corriendo desesperadamente hacia el carro.

—¡Quiero una para mí…! ¡Sólo una!… ¡Aunque sea la más fea!

Jay Burke apareció con una mujer entre los brazos.

Ella se debatía tirándole del pelo, arañándolo, pero el gigantón reía con fuerza dando vueltas sobre sí mismo.

—¡Burke! —gritó Walter—. ¡Fir… me!

Inmediatamente Jay dejó caer a la mujer y se quedó inmóvil, la barbilla levantada.

La joven dio cotí sus espaldas en el suelo, lanzando un grito de dolor.

Adams cortó su carrera en seco al oír la voz perentoria de Niven y empezó a gemir mirando a su superior.

—¿Qué es lo que pasa, Walter? —Jay Burke habló sin pestañear —. Hay otras cuatro dentro de la galera —dirigió una mirada hacia los barbudos jinetes—. Apuesto a que estos tipos son traficantes de mujeres.

Cárter y los demás hombres empezaron a caminar hacia la galera como hipnotizados.

—¡Deténgase! —ordenó Walter. Y cuando todos se hubieron quedado quietos miró a Abraham Smith—. ¿Qué tiene que alegar en su favor?

—Somos mormones y según nuestra ley podemos tener más de una esposa. Viajamos con mis tres mujeres y con las dos de mi hijo.

—¡Yo quiero ser mormón! —gritó Adams golpeándose fuertemente el pecho con el dedo índice.

Walt observó a la joven que estaba tendida en el suelo y le dijo:

—Vuelve al carro con tus compañeras, muchacha.

La joven se levantó frotándose las manos sobre las caderas y se dirigió a la galera en cuyo interior desapareció.

Jay Burke la siguió con los ojos haciendo una mueca como si estuviese a punto de echarse a llorar.

—¿Has visto cómo me ha mirado, Walter? —murmuró—. Apuesto a que ella está cansada de tanta barba.

Walter le reconvino:

—¡Silencio! —Y luego ironizó—. ¿Es que no te has mirado en el espejo? Hace un mes que te hiciste el último afeitado.

El sargento Cárter se cogió los riñones y soltó una carcajada.

Luego Niven miró a Abraham Smith mientras se pellizcaba el lóbulo de la oreja con la mano libre.

—No le queremos poner ningún impedimento para que continúe su viaje, señor Smith. Pero antes quiero proponerle un negocio.

El viejo mormón sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Ahórrese palabras. No tengo ninguna mujer en venta.

—No se trata de eso, señor Smith.

—¿Qué clase de negocio?

Walt miró a Adams.

—¡Eh, muchacho! Llégate adonde están los caballos y trae una de las bolsas que tengo atrás.

Adams corrió a cumplimentar el encargo y regresó en diez segundos.

Walt cogió la bolsa y la arrojó sobre el regazo de Abraham Smith, quien tuvo que alcanzarla en el aire para que no cayese.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Ahí hay doscientos dólares, señor Smith. Son suyos si me da siete vestidos de mujer, la barba de su hijo y la galera. Le entregaré también cinco caballos para sus mujeres.

Abraham observó sorprendido a Niven y no menos lo estaba su hijo después de oír la extraña oferta.

—No le comprendo —murmuró el viejo—. Por cinco dólares puede conseguir esos vestidos en cualquier parte. La galera vale ochenta y, bueno… no creo que la barba de mi hijo llegue a su precio.

—No hace falta que lo comprenda —retrucó Walt—. ¿Está conforme o no?

—¡Por el gran profeta Elíseo! —exclamó Smith sonriente mientras se tocaba el largo pelaje que le cubría el pecho—. Estoy a punto de darle la mía también.

—Con la de su hijo creo que tendré bastante.

—De acuerdo, amigo —miró a Isaías—. Ya lo has oído, hijo. Coge siete vestidos de la galera, córtate la barba y entrégalo todo a este hombre.

Isaías hizo un gesto agrio.

—Oh, no papá —protestó—. Es mi barba de dieciséis meses.

—Con esos dólares podremos comprar armas nuevas. ¿Qué importa que llegues a Oregón sin barba si conservas el cuero

cabelludo? En cuanto a la galera, adquiriremos una en Lowen City pasado mañana.

—Sabias palabras —dijo Walt.

Isaías Smith también lo comprendió así porque inmediatamente se dirigió al carruaje.

Poco después volvió exhibiendo entre sus brazos un montón de ropa femenina y la barba que se había cortado.

—Burke, encárgate de todo eso y tú Adams entrega los caballos.

Inmediatamente se hizo el cambio de la galera por las cabalgaduras. Las mujeres salieron del vehículo y rápidamente a una voz de sus esposos, montaron en las sillas. Luego Isaías Smith trasladó los utensilios de cocina y las ropas que necesitaban a los caballos que componían el tronco.

Los mormones y sus mujeres se alejaron en dirección Oeste.

Adams miró sonriente a Jean Kelly y señaló los vestidos que Jay Burke había dejado en el suelo.

—No se quejará del señor Niven, ¿eh, Jean? Se ha preocupado de que tenga usted un buen guardarropa.

Walt alcanzó un vestido y lo arrojó a Adams el cual lo cogió un poco perplejo.

—Ya puedes ponértelo —dijo Niven.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú.

—¡Búfalos sagrados!… ¡No!

—¡Es una orden! ¡Y vale para todos! —Walter empezó a tirar un vestido a cada uno de los hombres que le acompañaban.

Jean Kelly se echó a reír poniéndose la mano en la boca.

—Apuesto a que es lo más divertido que he visto en mi vida.

Bingo Chay arrojó el vestido al suelo mientras miraba a Walter ceñudo.

—¡Usted no me puede obligar a esto, señor Niven!

Walter lo observó con la cabeza ladeada.

—¿Quién dice que no, Bingo?

—¡No está en ninguna ordenanza! El ejército no nos puede cambiar el sexo. Eso es lo que yo digo.

—Póntelo, Bingo —dijo Walter.

Bingo meneó la cabeza en sentido negativo. El sargento Cárter gritó con la faz enrojecida:

—¿Es que te vas a negar, Bingo?… ¡Te juro…!

—Es cuenta mía, Cárter —lo atajó Walter.

Luego sobrevino un silencio.

Bingo y Niven quedaron inmóviles mirándose retadoramente.

De pronto Walter se desabrochó el cinturón del que pendía su «Colt» y lo dejó caer en el suelo.

—Suelta también el revólver, Bingo.

Bingo frunció los ojos y empezó a sonreír mostrando sus dientes.

—¿Qué es lo que se propone, teniente?

—Obligarte por la fuerza. Hemos llegado a un punto en que la graduación no sirve para solucionar el caso.

—Estupendo, teniente —repuso el soldado cogiendo el revólver y tirándolo al suelo—. Pero muy pronto se arrepentirá de sus palabras.

—Demuéstramelo.

Bingo se acercó a Walter con los puños cerrados. De pronto disparó el derecho contra la cara del oficial, pero éste esperaba el ataque y sólo tuvo que agacharse para burlarlo. Entonces soltó un terrible trallazo en la mandíbula de su rival quien se desplomó dando una vuelta de campana.

—Vamos, Bingo, levántate —le dijo Walter—. Estoy ansioso por conocer tus tretas.

Bingo lanzó un rugido y se puso en pie soltando un escupitajo de sangre.

—¡Lo voy a convertir en pulpa, teniente!

Atacó como una res furiosa y logró hacer impacto por dos veces consecutivas en el cuerpo de Niven, el cual retrocedió tambaleándose. Luego Bingo hizo un amago con el brazo izquierdo, pero golpeó con el derecho. Sus nudillos repercutieron en el pómulo de Walt, éste rodó por el suelo.

Bingo quiso rematarlo, e intentó lanzarse sobre él.

Niven vio que se le echaba encima e instintivamente levantó la pierna, apoyó la planta del pie en el estómago de Bingo y lo lanzó hacia atrás. Bingo lanzó un aullido mientras surcaba el aire y luego dio con sus costillas en el suelo.

Ambos se levantaron a un tiempo.

—Le falta poco, teniente. Es cuestión de pocos segundos.

Apenas hubo pronunciado las últimas palabras, Walter le golpeó

en el hígado. Bingo hizo una triste mueca mostrando un palmo de lengua. Replicó con un zurdazo al estómago de Walt, pero éste lo bloqueó y le soltó como respuesta dos golpes secos en la cara. Fue la preparación para lo que vino después. Un formidable gancho. La mandíbula de Bingo sonó a cascajo y luego el soldado se desplomó en el suelo donde quedó inerte. Walt se limpió el sudor de la frente.

Hubo unos segundos de silencio. Bingo volvió en sí y sacudió la cabeza de un lado a otro.

Adams cogió el vestido que Bingo había dejado en el suelo antes de iniciar la pelea y se lo dejó sobre el regazo diciendo:

—Supongo que ahora estarás decidido a llevar el nuevo uniforme, ¿eh, muchacho?

Chay se levantó y, después de asegurarse de que no tenía el maxilar roto, echó a andar tras los demás hacia las piedras, dispuesto a cambiar la indumentaria. Orpington fue ayudado por Adams y
O'Hara.

Quedaron solos Walt y Jean.

La muchacha dijo:

—Creo que se ha olvidado de mí, señor Niven. Debió pedir un vestido más.

—He conseguido que nos acompañe, Jean, pero cuando llegue la hora de los tiros usted permanecerá lejos. De esa forma, si el resultado, no nos es favorable, podrá llegar a la granja de su hermana.

—¡Ya le dije…!

—Recuerdo perfectamente lo que me dijo, pero ahora ha llegado el momento de imponer la disciplina y si tiene alguna duda sobre quién es la persona que manda aquí, estoy dispuesto a propinarle unos cuantos azotes para que se convenza.

—¿Usted azotarme a mí? —Jean puso los brazos en jarras—. ¡No soy Bingo Chay, señor Niven!

Walter respiraba todavía a consecuencia de la pelea anterior.

—Nos vamos a enfrentar con esos cincuenta hombres, señorita Kelly, y nosotros solamente somos ocho.

—¡Nueve contándome a mí!

—Ocho excluyéndola a usted. ¿O necesita la misma lección que Bingo Chay? Bien; se la daré gustoso.

—Empiece por la primera página, teniente. Estoy preparada.

La joven se encorvó y empezó a moverse alrededor de Walt con las manos extendidas hacia delante.

Walt se dio cuenta de que la chica había sido aleccionada en la manera que luchaban los indios apaches. Sonrió para sus adentros y se mantuvo en el mismo lugar limitándose a mover la cabeza de un sentido a otro, siguiendo los movimientos de la chica.

Jean saltó de pronto hacia la izquierda y alargando sus brazos logró apresar a Walt por la muñeca, inmediatamente le dio impulso a sí mismo y voló por los aires para evitar que la muchacha le partiese el brazo o se lo desencajase.

Ella lo dejó libre enseguida y Walt rodó como una pelota por el suelo.

—¿Qué dice ahora, teniente? —rió la joven satisfecha.

Walt se levantó pasándose el dorso de la mano por la boca manchada de tierra.

—No ha estado mal, pequeña, pero apuesto a que le falta algo por aprender.

—Enséñeme usted.

Walt avanzó y ella lo esperó sin dejar de sonreír.

Walt alargó el brazo derecho para que Jean picase el anzuelo.

La muchacha vio otra oportunidad y lo cazó otra vez por la muñeca. Volvió a girar para repetir la presa anterior, pero inmediatamente, Walt descolgó su brazo del hombro y ayudándose con el otro la rodeó por la cintura.

Se dejó caer en el suelo atrayéndola sobre sus piernas.

La joven quedó boca abajo pataleando.

—¡Suélteme…! ¡Maldito tramposo…! ¡He dicho que me deje…!

Pero Walt, manteniéndola fuertemente sujeta con un brazo, la palmeó estruendosamente en las posaderas.

Jean chilló con todas sus fuerzas.

Los hombres que estaban cambiando su indumentaria asomaron la cabeza y al ver la escena que se ofrecía ante sus ojos se miraron unos a otros socarronamente y volvieron a esconderse para continuar su trabajo.

Jean consiguió desasirse dando un tirón.

Cogió una piedra y se puso en pie girando con la intención evidente de arrojarla contra Walter. Pero éste rápido se abrazó a

ella.

Quedaron juntos casi rozándose las caras. Jean lo miró a la cara con los ojos llameantes y dijo:

—¡Es usted… un…!

Pero de repente él le selló la boca con un beso.

La mano que esgrimía la piedra siguió sujetando ésta con dedos férreos, pero poco a poco se aflojaron hasta que la piedra cayó al suelo. Luego Walt retrocedió un paso.

Jean lo miró con los ojos entrecerrados y de pronto dijo:

—Así, pues, se ha enamorado de mí.

—¿Qué está diciendo?

—Que usted me quiere, gerifalte. Le he pegado el flechazo.

—¿Usted?… ¡Es la cosa más disparatada que he oído en mi vida!

—Me ha besado.

—¿Y qué? Lo he hecho para evitar que me tirase la piedra a la cabeza.

—Déjese de historias. Eso ya lo había conseguido cuando logró cogerme la mano. Y existe también otro argumento.

—¿Cuál?

—No quiere dejarme intervenir en esto porque teme por mi vida. Usted está por mis huesos.

De pronto apareció Adams vestido de mujer, la mano izquierda en el riñón y la otra en el aire ligeramente doblada en un gesto que quería ser femenino.

—¡Santo cielo! —gritó con voz atiplada—. Hay algo aquí que me hace daño, ¿será la ballena del corsé?

Jay Burke, Bingo Chay, Cárter y los otros aparecieron por detrás de las rocas haciendo extrañas muecas mirándose los vestidos con que se cubrían, no muy seguros de su aspecto.

Adams se volvió hacia sus compañeros:

—Oh, señora Bingo. ¡Cuánto tiempo sin verla! ¿Dónde compró esa tela tan birriosa? Siempre tan radícula con sus gustos pueblerinos. ¿Es que no conoce la última moda de Boston? Observe mi modelo y se dará cuenta de lo que es el último grito.

—¡Maldita sea! —exclamó Bingo—. ¡Una palabra más y te desencuaderno, Adams!

—Siempre tan mal hablada, señora Bingo —retrucó el bromista Adams y entonces hizo como si reparase en el sargento—. ¡Diablos,

señora Cárter!… ¿No ha engordado un poco de la pechuga desde la última vez que la vi?

El sargento se puso rojo de ira.

—¡Sapos y culebras!

Jean Kelly y Walter reían con los ojos llenos de lágrimas. Pero de pronto el teniente quedó serio y dijo con voz ceremoniosa:

—Muchachos, lamento decíroslo, pero os falta un detalle para completar vuestro juvenil aspecto.

—¿El qué? —Gruñó Jay Burke torciendo la boca.

—Vuestras respetables barbas… ¡Os vais a afeitar ahora mismo!

—Oh, no —gimió Burke—. Hice promesa a San Nicolás de regresar al fuerte Prescott con una hermosa barba de dos meses.

—San Nicolás te perdonará, hijo mío —dijo Walt—. Se hará cargo de las circunstancias lo mismo que tú. ¡Sargento Cárter!

—¡A la orden!

—Lo haré responsable a usted de su propio afeitado y del de los demás.

Cárter se relamió los labios, como siempre hacía cuando le concedían el mando de una operación por pequeña que fuese.

—¡Rayos y centellas! —gritó—. ¡Preparen jabón y agua…! ¡Embadúrnense bien la barba y se rapen!… ¡Quiero oír el chasquido de cada pelo que cae! ¡Antes de diez minutos pasaré revista y quiero ver rostros blancos! ¡Suaves como el terciopelo!

CAPÍTULO XII

James Forrester, subido en lo alto de una roca, observaba a la luz de la hoguera los rostros patibularios de los hombres que lo secundaban en aquella misión.

—Bien, muchachos. Ha sonado la hora. Debéis estar preparados para el amanecer. Los hombres que capitanea Curtís serán los fugitivos sudistas. Nosotros les concederemos una delantera de dos millas y entonces emprenderemos su persecución. Cruzaremos la frontera por el Paso Negro. Justo a doce millas del límite se encuentra Exeter. Curtís y los suyos llegarán a las inmediaciones de la ciudad y nos soltarán unos cuantos tiros internándose por sus calles. Inmediatamente nosotros rodearemos la población. Cada uno ha de llevar su correspondiente antorcha. Haremos fuego, con nuestros revólveres para conseguir que la gente se esconda en sus casas. Una vez esto logrado, encenderemos la antorcha y las arrojaremos sobre los techos de las casas… —Sus labios se curvaron en una sádica sonrisa—. ¡Que me maten si no va a ser un espectáculo digno de ser contemplando! Curtís y sus chicos escaparán hacia el Sur regresando a Estados Unidos por el lago Chantal. Nosotros lo haremos por el Paso Negro. Apenas crucemos la frontera hemos de despojarnos de los uniformes y enterrarlos bien. Esto es una orden muy importante que debéis seguir a rajatabla. De esta operación no debe quedar ni la más ligera huella.

—¡Pido la palabra! —gritó un tipo de nariz ganchuda y orejas como soplillos.

—¿Qué quieres, Dufty?

—¿Cuándo vamos a recibir la pasta? Yo creo que éste es el mejor momento.

—¡Y un cuerno! —respondió Forrester—. Te conozco a ti, Dufty.

Apuesto a que cuando tuvieses los doscientos dólares en el bolsillo te largarías como alma perseguida por el diablo y no dejarías de correr hasta llegar al Pacífico.

Un coro de estruendosas carcajadas acogió las últimas palabras de Forrester.

Dufty rezongó algo por lo bajo y miró con ferocidad a los hombres que tenía más cerca.

Forrester exigió silencio con las dos manos levantadas y cuando lo consiguió dijo:

—Recibiréis cada uno de vosotros los doscientos pavos en cuanto hayáis terminado la misión. Además debéis tener en cuenta que nos faltan cien por cabeza que nos darán cuando regresemos a Alabama.

—¡Hurra por Forrester! —gritó el hombre que estaba a su derecha.

—¡Hurra! —contestaron todos.

—Gracias, muchachos —dijo el cerebro de la pandilla con ficticio aire de modestia—. Y ahora vais a descansar. He organizado los turnos de guardia para que todos podáis dormir algunas horas. Recordar que mañana será un día de duro trabajo. Tenéis en vuestra mano el destino de nuestro país. Si el negocio tiene éxito, Inglaterra no tardará una semana en declarar…

Dejó sin terminar la frase, pero todos comprendieron su significado.

Los hombres se distribuyeron por el suelo y arrebujáronse en las mantas para hacer frente al frío que se hacía sentir en aquellas alturas tan próximas al Canadá.

James Forrester lió un cigarrillo y fumó.

El hombre que le había vitoreado se acercó a su lado y rió por lo bajo.

—Si esto sale bien habremos hecho el negocio de nuestra vida, Forrester. Pagándoles quince mil dólares ciento ochenta y cinco mil para repartir entre nosotros.

Forrester asintió.

—Estos estúpidos se consideran bien pagados con los trescientos dólares, pero te falta saber lo más importante, Kent. No van a cobrar un centavo.

Kent frunció los ojos.

—¿Qué dices?

—Una vez realizada la misión, tú y yo no regresaremos a nuestro país. Cabalgaremos en dirección a Quebec.

—¡Infierno! ¿Vamos a llevarnos los doscientos mil dólares?

—Me he guardado otra baza que he preferido la ignoréis todos.

—¿Qué es ello?

—En Quebec he de entrevistarme con otro agente del Sur que me pagará otros cien mil dólares por haber realizado la misión.

Kent encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Eso es una fortuna —comentó.

—Sí, Kent, una colosal fortuna, para ti y para mí. Ocúpate ahora de que los centinelas estén en su sitio.

Kent sonrió.

—De acuerdo, jefe —hizo una pausa—. Palabra que eres el tipo más listo que he encontrado en mi vida, Jimmy.

Forrester lo siguió con la mirada mientras se alejaba.

Sí, era un tipo listo. Lo era más de lo que Kent se imaginaba. Los trescientos mil dólares serían para él, Forrester, Pero ahora necesitaba la colaboración de Kent para el caso de que se presentase una coyuntura difícil. Kent era un tipo estupendo con el revólver, el mejor de todos ellos. Pero en cuanto se hubiesen alejado lo suficiente de Exeter, Kent daría su último suspiro. De eso se encargaba él. Le sería muy fácil. Bastaría con esperar a que se durmiese. Entonces sacaría el revólver, le apoyaría el cañón en la sien y apretaría el gatillo. ¡Pobre Kent! ¡Tan joven!… ¡Tan lleno de ilusión con los ciento cincuenta mil dólares que pensaba ganar con aquel trabajo…! Lanzó una carcajada. Sí, era un tipo listo. A él se debía la idea de incendiar una ciudad del Canadá. Era un buen plan. Pero le había costado no poco trabajo conseguir que fuese financiado. En un principio el Alto Mando sudista no quiso hablar siquiera de ello. Tal maquinación estaba reñida con la vieja caballerosidad del Sur. Un viejo senador lo hizo saber al presidente Jefferson. «Era preferible perder la guerra antes que conseguir que se vertiese sangre inocente». Fue despedido a cajas destempladas de la sede del Gobierno y durante algunas horas creyó que tendría que volver otra vez a lo suyo, a asaltar Bancos. No le gustaba mucho la idea. En no menos de veinte pueblos de Colorado era requerido por otros tantos *sheriffs*. Y los cargos que había contra él iban desde el

robo a mano armada hasta el asesinato. No; a Jimmy Forrester no le convenía eso, pero, mal que le pesase, tendría que continuar su profesión de salteador. Cuando todo lo consideraba perdido, un grupo de caballeros lo visitaron en el hotel en que se hospedaba. Ellos estaban dispuestos a financiar su plan. Discutieron el precio, pero finalmente llegaron a un acuerdo. Doscientos mil dólares al contado y otros cien mil a cobrar en Quebec cuando el trabajo hubiese terminado. En un principio, Forrester pensó en largarse con los doscientos mil, pero luego lo pensó mejor. ¿Por qué iba a despreciar los cien mil restantes? Él podía reclutar una partida de forajidos. Tenía amigos en todas partes. Les prometería unos centenares de dólares y se las arreglaría para no soltarles un solo pavo. Seria sencillo. Como cortar mantequilla. Los engañaría como a chinos. Nadie conocería la última parte del programa, la que se refería al agente que los esperaba en Quebec, aunque ahora eran dos a saberlo, Kent y él… ¡Pobre Kent!… ¿Qué estaría pensando hacer con sus cientos cincuenta mil dólares?

Jimmy Forrester rió por lo bajo admirado de su propia sagacidad.

Empezaba a clarear el día. Tommy Allen hacía su guardia dormitando cuando de pronto oyó un ruido extraño.

Se levantó de un brinco y echóse a la cara el rifle girando como una centella.

Frente a él, a menos de diez yardas, vio a un jinete y un poco más allá una galera.

—¡Alto! —ordenó Tommy.

El jinete, Walter Niven, levantó el brazo izquierdo.

—Hombre de paz, amigo.

Tommy entrecerró los ojos observando la larga barba del tipo que tenía enfrente.

—No puede seguir por aquí, abuelo —le advirtió—. Dé media vuelta y lárguese por otra parte.

—Como quiera, amigo —asintió Walt y rozando los flancos del caballo con las espuelas empezó a dar media vuelta.

En ese instante de la galera partieron risas atipladas.

Tommy parpadeó asombrado.

—¡Eh, abuelo! —llamó rápidamente.

Walter se volvió.

—¿Deseaba algo, amigo?

—Dígame si estoy soñando. He creído oír voces de mujeres.

—Oh, sí —respondió Walter sacudiendo la cabeza—. Son mis chicas.

—¿Sus qué?

—Permítame que me presente. Soy Luigi Carotenutto.

—Sí, pero esas chicas…

—Forman parte del número que yo presento. Seguro que ha oído hablar de ellas. Las Siete Ninfas de Colorado. Hemos actuado durante ciento cincuenta noches consecutivas en Denver y ahora nos dirigimos a Vancouver.

—¿Ha dicho siete ninfas?

—Ni una más, ni una menos.

Tom Allen se pasó la lengua por el labio inferior.

Una voz fina partió de la galera.

—¡Estate quieta, Lucy!… No eres más que una envidiosa. Y todo porque el encaje de mi escote es más bonito que el tuyo.

Tom Allen alargó el cuello tres centímetros.

Walter Niven se tocó el ala del sombrero.

—Bien, amigo. Si va usted por Vancouver no olvide de acercarse por el teatro Odeón. Allí podrá ver las mejores pantorrillas del continente.

—¡Espere!

Walter frunció el ceño.

—¿Desea algo?

—¿Por qué tanta prisa, señor Carotenutto?

—He creído haber oído antes que no podíamos pasar por aquí.

—Eso era antes, amigo —Tom sonrió—. Pero las cosas han cambiado un poco.

De pronto se dejó ver un hombre por detrás de una piedra.

—¡Eh, Tommy! ¿Qué infiernos pasa?

Tom soltó un salivazo y miró al recién llegado.

—¡Eh, Don! ¿Sabes qué hay dentro de esa galera?

—No me digas que cochinillos. Tengo ganas de comer jamón.

—Apuesto a que existe otra cosa que te gusta más. ¡Mujeres!

El llamado Don compuso una mueca de asombro y de pronto volvió la cabeza y empezó a gritar:

—Eh, Duncan… ¡Barry…! ¡Norman…! ¡Sandy…! ¡Acaba de

llegar Papá Noel!

En pocos instantes aparecieron cinco hombres por entre los arbustos, los árboles o las rocas.

Walter se aclaró la garganta.

—Eh, muchachos, no precipitaros. Mis pequeñas son demasiado ingenuas para vosotros.

Tom Allen soltó una carcajada.

—¿Lo habéis oído? ¡Demasiado ingenuas…! Escuche, abuelo. Pórtese como un buen muchacho y podrá morir en la cama. Sólo queremos echarles un vistazo a sus chicas. Bueno, y quizá pasemos un poco de tiempo contándoles un par de cosas. Colabore y cuando hayamos terminado tendrá un buen puñado de dólares.

Tom volvió la cabeza hacia sus amigos y les guiñó un ojo, con lo cual quedó bien sentado que el viejo de la barba no cobraría un solo dólar.

—Está bien —asintió Walt—. Pero, por favor, no se desmanden. Las chicas de Carotenutto son conocidas en todas partes por sus buenas maneras.

Los seis hombres se fueron acercando lentamente al carro.

De pronto la lona se abrió por la parte delantera y Adams saltó vestido de mujer, cubriéndose la cabeza con un pañuelo.

Todos lo miraron con ojos expectantes.

Adams corrió hacia un árbol y se detuvo.

—Oh, cuántos hombres —dijo sonriendo y doblando la cabeza de un lado a otro—. Apuesto a que no hay ninguno de vosotros que me coja.

—¡Yo! —rugió un tipo alto que medía cerca de dos metros de estatura, ancho de pecho y con brazos de gorila—. ¡Yo te cogeré, preciosa!

Adams lanzó un estridente chillido y echó a correr. El gorila fue tras él respirando entrecortadamente.

Seguidamente, saltó Jay Burke y tras él fueron haciéndolo los demás, quedando en último lugar el sargento Cárter, el cual estuvo a punto de echar a perder la representación porque su falda quedó enganchada en el pescante. Por unos instantes, Walt cerró los ojos al ver la enorme pantorrilla del sargento, pero los forajidos atendían a las curvas que los soldados se habían prefabricado y Cárter tuvo oportunidad de desenganchar la falda.

Walt había dado orden a Orpington de que se quedase dentro, aunque naturalmente también se cubría con su correspondiente disfraz femenino, preparado el revólver por si su colaboración era necesaria.

Las supuestas ninfas cobraron delantera desparramándose en todas direcciones.

Los hombres de Forrester se las atribuyeron en voz alta.

Cárter estuvo a punto de provocar un duelo porque dos de los forajidos coincidieron en su preferencia, aunque finalmente los discutidores llegaron a un acuerdo.

Durante un rato aquella parte del bosque fue objeto de carreras alocadas.

Adams llevó a su gorila hasta un árbol y allí se quedó quieto. El otro se le aproximó andando lentamente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Adams siempre con voz fina, sonriendo y procurando no dar la cara.

—Soy Barton, el tipo más fuerte que has visto en tu vida. Toca, toca y verás —le alargó el brazo y apretó el puño sacando el bíceps.

Adams aplicó el dedo y dijo:

—Oh Barton, qué animalote eres.

—¿Es que no me quieres dar un beso, preciosa?

Adams estuvo a punto de derribarlo de un empujón al tiempo que decía:

—Oh, Barton… no seas pillín.

—¿Cómo te llamas, rica?

—Clementina.

Barton se puso en cuclillas y dijo:

—¿Quién le va a dar un besito chiquirrito a su Clementina?

—Malo… malo… más quémalo…

Barton se atusó el bigote apartándose los pelos de los labios y acercóse a Adams. Lo cogió por la cintura para obligarlo a dar la vuelta.

Adams giró y entonces el otro pretendió besarlo en el cuello.

Entonces Adams sacó el revólver esgrimiéndolo por el cañón y sacudió un enorme trallazo en la testa de Barton, el cual dio un traspié y empezó a bizquear.

—Clementina… Mi pequeña Clementina —murmuró y desplomóse completamente desvanecido.

Adams le quitó el revólver y se lo puso en el cinto encaminándose al lugar donde se encontraba Walt.

Y a estaba allí Burke y los demás, a excepción de Cárter.

Walter preguntó:

—¿Cómo te ha ido, Adams?

—¡Infiernos! Me tocó un tipo tan alto como uno de estos abetos. Un poco más y me hubiese tenido que subir en una escalera para librarme de él.

En aquel instante apareció el sargento Cárter corriendo con las faldas arremangadas. Detrás de él jadeaba un tipo con su misma tripa.

—No corras, preciosa —le decía—. Tu Jim está a punto de desfallecer.

Cárter miró hacia sus compañeros.

—¡Socorro…! —gritó con voz ronca—. ¡Que me coge! ¡No puedo más!

De pronto Jim se detuvo al darse cuenta de que la voz que había partido de la ninfa era demasiado varonil.

—¿Qué es eso? —se preguntó a sí mismo.

Pero no tuvo tiempo de recibir ninguna respuesta de su cerebro porque en aquel instante, Walter, que se había acercado a él rápidamente, le atizó un culatazo en la cabeza fulminándolo.

Cárter se dejó caer en el suelo resoplando.

—¡Esto no se ha hecho para mí!

Walter puso el pie en tierra.

—No podemos perder un minuto. Hay que atacar ahora. ¡No malgastéis municiones! ¡Que cada bala de en el blanco! —Se volvió hacia la galería y gritó—: ¡Orpington!

—¡A la orden!

—Quédese en el carro y liquide a todo aquel que se escape.

—No se preocupe, jefe. Le doy mi palabra de que por aquí no cruzará nadie.

Walter hizo una señal con la cabeza e inmediatamente el grupo se dispersó internándose en el bosque.

CAPÍTULO XIII

Walter iba solo cuando de pronto al apartar unas ramas vio el campamento de la tropa irregular, Entre ellos distinguió enseguida a Forrester, el cual estaba dando órdenes.

—¡Arriba, muchachos!… ¿Qué infiernos pasa aquí? Ya debíais estar todos de pie.

En aquel instante se oyó el primer estampido y un hombre que se estaba incorporando recibió un balazo en el pecho, lanzó una maldición y se desplomó sobre la hierba.

Uno de los tipos volvió la cabeza y vio a Walter. Éste le metió un proyectil entre ceja y ceja antes de que pudiese apretar a su vez el gatillo. A este disparo siguieron otros y en unos segundos en el campamento cundió un pánico indescriptible.

Por encima de las explosiones se oyó la voz de Forrester:

—¡Buscar refugio, muchachos…! ¡Todos a las armas!

Walt soltó una maldición porque cuando fue a mirar a Forrester éste ya había desaparecido detrás de unas rocas.

Oyó a lo lejos el grito comanche de Jay Burke.

En menos de cinco segundos en el lugar de la acampada sólo quedaron los muertos que se elevaban a doce. Todavía Forrester contaba con más de treinta hombres, lo cual les daba una superioridad manifiesta.

Walter se mordió el labio inferior permaneciendo pensativo unos instantes en medio del silencio que se había hecho tras el primer ataque.

Por fin adoptó una decisión.

—¡Eh, Forrester! —gritó.

—¡Caramba! —Oyó la voz del jefe de la chusma—. ¡Es nada menos que nuestro buen amigo el teniente!

—Exacto, Forrester. Soy yo de nuevo, pero esta vez he venido un poco más acompañado.

—No, amigo. Usted mismo dijo que ya no nos podríamos engañar uno a otro. Ustedes son solamente un poco más de media docena, ya que nosotros rebajamos su número en tres unidades. Ha debido de utilizar al menos otro truco.

—De acuerdo, Forrester. Somos un poco más de media docena pero estamos bien situados. Y no podrán ustedes escapar. Les tenemos acorralados. Le ofrezco una oportunidad.

—Tengo ganas de irme, suéltela.

—Ustedes se entregan y nosotros les conducimos a Denver. Le doy mi palabra de que mediaré para que la sentencia que les impongan sea leve.

—Nosotros no seremos tratados como soldados, ¿eh?

—Ustedes son delincuentes comunes, simples forajidos.

—¿Ve usted cómo es un tipo chistoso? —Forrester lanzó una fuerte carcajada—. Escuche ahora mi oferta… Ustedes se entregan y yo les prometo que sólo recibirán cinco balas por cabeza. Se ahorrarán siete por lo menos.

—Ahí tiene mi respuesta. —Walter disparó tres veces consecutivas hacia donde se escondía Forrester.

Luego se tumbó otra vez en el suelo.

—No está mal de puntería —dijo el jefe de la pandilla—. Uno de sus proyectiles me ha rozado la cabeza. Pero ahora va a saber lo que es bueno… ¡Fuego, muchachos!

Aquella parte del bosque se convirtió en un verdadero infierno.

Las armas crepitaron arrojando un alud de plomo al tiempo que los que las esgrimían apretaban la quijada rabiosamente.

Juramentos, maldiciones, gritos de dolor, se entremezclaron en una sangrienta orgía.

Después se hizo otro silencio.

—¿Sigue vivo, teniente? —preguntó Forrester.

Walt no contestó. Estaba pensando en la situación en que él y sus muchachos se encontraban. Tarde o temprano, Forrester se apuntaría la victoria y en tal caso, en un pueblo de Canadá, mujeres y niños morirían a manos de aquellos asesinos y el derramamiento de aquella sangre daría lugar a otro mucho mayor, quizá al de miles de hombres que se enfrentarían en el campo de batalla durante

largas campañas.

De pronto un rayo de luz iluminó su cerebro.

Levantó ligeramente la cabeza, encanutó los labios y empezó a lanzar un silbido parecido al de un jilguero.

Sólo tuvo que esperar cinco segundos para que le llegase la respuesta y poco después, otra escala de trinos le indicó que sus dos amigos estaban vivos y que comprendían el mensaje que les enviaba.

Sacó la caja de fósforos y rápidamente frotó uno. Acercó la llama a los arbustos que tenía cerca y éstos prendieron inmediatamente.

Cambió de lugar y frotó otro fósforo. Estuvo a punto de costaría cara la fase inicial de aquella operación, porque en uno de sus movimientos quedó al descubierto y dos facinerosos lo utilizaron como blanco. Afortunadamente no poseían gran puntería, porque las balas le rozaron el cuerpo dejándolo incólume.

Buscó refugio en un grueso tronco y descansó.

Las llamas se apoderaron rápidamente de aquella parte del bosque.

—¡Maldito sea! —Oyó que gritaba Forrester—. ¿Qué es lo que se propone? ¿Que nos asemos todos?

Echó una mirada a su alrededor y vio dos líneas del rectángulo que también estaban ardiendo. Jay Burke y Adams habían cumplido su labor. Sólo faltaba un lado para que los forajidos quedasen rodeados. No sabía quién habría hacia aquella parte y pidió al cielo que fuera el sargento Cárter. En cuanto viera las llamas comprendería lo que exigía de él. Y como si hubiesen estado leyendo en su pensamiento, en aquel instante nació la cuarta hoguera.

—¡Nos van a achicharrar! —gritó uno de los hombres de Forrester—. ¡No quiero morir asado!

—¡Es una buena decisión! —se apresuró a responder Walt—. Antes de un minuto estarán rodeados por las llamas. ¡Salgan con los brazos en alto ahora que pueden!

—¡No, muchachos! —intervino Forrester—. Hacerlo con las armas por delante. ¡Disparen! ¡Son unos cuantos conejos nada más!

Los forajidos siguieron la orden de su jefe y lanzáronse a un ataque a pecho descubierto.

Niven esperaba con los dos revólveres en las manos, repuestos las municiones, y empezó a disparar a derecha e izquierda.

Lo mismo hicieron sus muchachos.

Los alocados atacantes terminaron su apenas iniciada carrera con estremecimientos y contorsiones que los hacían semejantes a muñecos con la inmovilidad de la muerte.

—¡No tire! —gritó al fin uno que debió pensar en la futilidad de la ofensiva—. ¡Me rindo!

—¡Maldito seas, Sullivan! —gritó Forrester y él mismo mató a su seguidor haciéndole dos disparos por la espalda.

Walt se tuvo que retirar rápidamente porque el viento empujaba las llamas hacia el lugar en que él se encontraba. Pasó de un tronco a otro andando en cuclillas.

En aquel instante cortó la atmósfera un alarido y vio salir del circulo de fuego a un hombre convertido en una antorcha humana. Recorrió cuatro o cinco yardas dando traspiés y por fin se abatió sobre él suelo lanzando un sordo ronquido.

De repente oyó la voz de Jay Burke:

—¡Eh, Walt! ¡Forrester se escapa por tu lado!

Niven volvió la cabeza rápidamente al tiempo de ver una figura que se envolvía en una ardiente manta. Ésta cayó al suelo y Forrester quedó al descubierto.

Walt levantó la mano para disparar sobre él, pero en ese momento las llamas hicieron presa en él y, aunque apretó el gatillo, el instintivo estremecimiento le quitó puntería.

Forrester pudo refugiarse sin haber sido tocado.

Walt soltó un juramento por lo bajo y se retiró apagando las llamas que habían brotado de su pantalón. Luego corrió aprisa hacia el lugar en que había visto desaparecer a Forrester pero, tal como esperaba, ya no estaba allí.

Pensó que se dirigía al lugar en que se encontraba Orpington dentro de la galera.

Volvió la cabeza al tiempo de ver a los forajidos saltar por encima de las llamas. Todos iban sin armas y asegurando a voz en grito que se rendían.

Adams y O’Hara se estaban haciendo cargo de los prisioneros y éstos se ayudaban

unos a otros para apagar las llamas que se habían apoderado de sus cuerpos.

Con la seguridad de que la victoria era de ellos, Walter, corrió sin cubrirse, exponiéndose a un balazo traidor.

Llegó al linde del bosque y vio el carromato.

—¡Eh, Orpington!

—¡A la orden, señor Niven!

—¿Ha visto por aquí a Forrester?

—No, señor.

Un grito femenino aleteó en la atmósfera.

Walter se volvió. Había sido a sus espaldas.

Echó a correr otra vez y de pronto una voz lo detuvo.

—¿Para qué tanta prisa, teniente?

Era Forrester. Lo vio aparecer por detrás de un árbol sujetando por la cintura con la mano izquierda a Jean. El forajido la utilizaba como escudo y mostraba en la mano derecha una pistola con la que apuntaba a Walter.

—¡Arroje sus armas al suelo, oficial! —ordenó con un gesto rabioso.

—¡No lo hagas, Walt! —dijo la muchacha—. ¡Te lo prohíbo!

Forrester lanzó una Carcajada.

—Es formidable, teniente. No solamente ha conseguido obstaculizar mis planes sino que, de paso, se ha encontrado con una mujer enamorada de usted.

—Soy un tipo de mucha suerte.

—Pero ya se acabó su racha, compañero. Y ahora escuche lo que le voy a decir. Tengo doscientos mil dólares en mi poder. Ese dinero me permitirá reclutar a nueva gente. Lo haré en el propio Canadá —se echó a reír— ¿Ve usted? No va a servir de nada su supuesta heroicidad. Mañana a más tardar empezará a saberse que un grupo de soldados yanquis han arrasado el pueblo de Exeter. ¡Arroje las armas!

—De acuerdo, Forrester, usted gana.

Walter dirigió una mirada a Jean. ¡Infiernos! Ella tenía que comprenderlo. ¿No había dado muestras de su habilidad cuando luchó con él?

Y de pronto ocurrió.

Jean giró bruscamente apartando el busto de Forrester.

Los dos hombres apretaron simultáneamente el gatillo.

Walter sintió que una aguja al rojo vivo se clavaba en su brazo izquierdo. Disparó otras dos veces el arma que esgrimía con la diestra.

James Forrester se contorsionó espasmódicamente y dejó caer el revólver. Dio dos pasos hacia adelante, los ojos bien abiertos.

—Trescientos… mil… dólares… Y todos eran míos… todos míos…

Y luego ya no dijo nada más. Lanzó un estertor cerrando los ojos y se desplomó muerto en el suelo.

Walt y Jean se miraron fijamente, él haciendo una mueca de dolor.

—¡Oh, Walter, estás herido! —corrió hacia él rodeándolo con sus brazos.

Niven la atrajo contra sí y murmuró:

—¿Oíste lo que dijo? Que tú también me querías. Ella parpadeó unas cuantas veces y por fin preguntó:

—¿Quieres saber mi respuesta?

El sacudió la cabeza de arriba abajo y Jean le echó los brazos al cuello y le besó ferozmente en la boca.

En aquel instante aparecieron una docena de prisioneros a quienes acompañaban el sargento Cárter, Bingo Chay, Jay y Adams.

Walt se volvió e hizo un fruncimiento al darse cuenta de que O'Hara
y Bunyan habían resultado muertos en la pelea. Tendrían su debida recompensa, igual que Jed La Turne, Luke y Francis Stewart.

Los muchachos se habían despojado ya de las ropas femeninas. Estaban cansados, las caras tiznadas, las camisas sudorosas adheridas al cuerpo, y de pronto se oyó la voz de Jay Burke:

—¡Atención, prisioneros…! ¡Fir… mes! ¿Qué clase de tipos son ustedes? ¡Vamos! ¡Pecho adelante, estómago encogido y la cabeza bien alta!

Los prisioneros se miraron unos a otros, pero enseguida empezaron a ponerse derechos como velas.

—¡En fila de a tres! —intervino Adams—. ¡Cúbranse!… ¡Infiernos! ¡Quiero ver los ojos echando chispas y cuando se pongan en marcha he de oír un solo paso!

Orpington reía asomado a la galera.

Jay Burke y Adams se pusieron uno al lado del otro, se movieron marcialmente y llegaron ante el sargento Cárter al que saludaron.

—¡A la orden, sargento! —dijo Adams—. El grupo de prisioneros está listo.

Cárter hinchó los pulmones y miró a sus subordinados con los ojos como rendijas.

—Gracias, muchachos —dijo—. Ahora empiezan ustedes a ser verdaderamente soldados —dio un paso al frente y gritó—: ¡Fir… mes! ¡Derecha ar…!

Los prisioneros quedaron formados como si fueran a pasar revista. Cárter, Burke y Adams se volvieron con la mano en la frente, saludando, al tiempo que el sargento gritaba:

—¡A la orden, teniente Niven!…

Pero Walt no podía escucharlo de momento porque él y Jean estaban fuertemente abrazados, unidas sus bocas en un ardoroso beso.

FIN